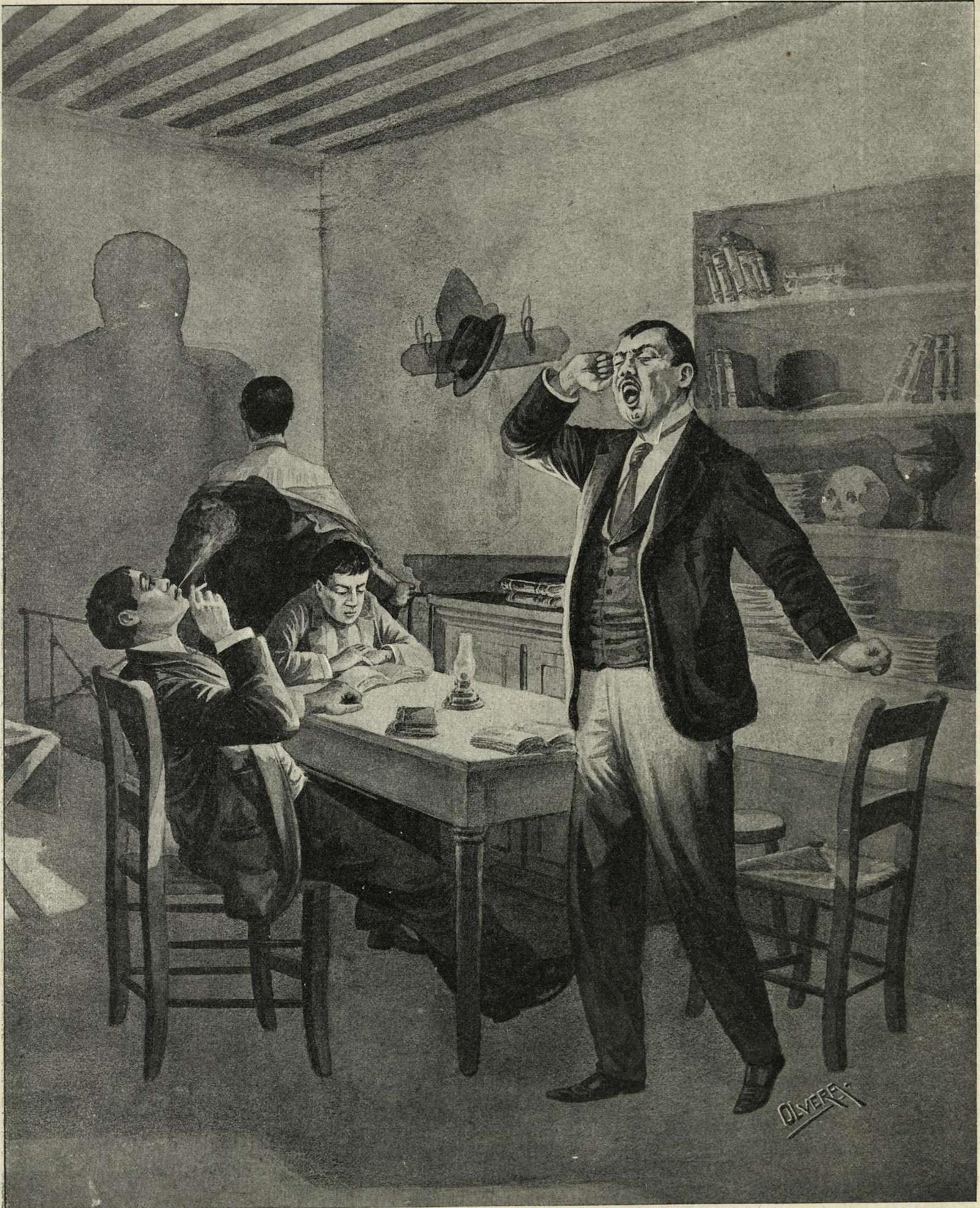


# EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, MARZO 20 DE 1898.

NUMERO 12.



Entre estudiantes.--¡A dormir!

POR OLVERA

venenos y con prácticas destructoras de la salud se curan las enfermedades; el alimento indispensable para la subsistencia, mata á la mitad de la especie humana; inoculando virus se precaven las infecciones; el anhelo de gozar conduce al sufrimiento y al dolor, y se suele llegar á la felicidad dentro del perpétuo sistemático sacrificio de sí mismo y el mejor modo de ser dichoso es no ocuparse para nada de conseguirlo.

Estas consideraciones están muy lejos de poder consolar á las víctimas de los tres siniestros de la semana; pero puede reconfortarlas la consideración de que quien ha hecho una fortuna es capaz de rehacerla y que en materia de riquezas, lo grato, lo noble y lo digno no estriba en disfrutarlas, sino en adquirirlas.

López I.

## Política General.

RESUMEN.—EL NUEVO MINISTRO ESPAÑOL EN WASHINGTON.—SU ALTA Y DELICADA MISIÓN.—LA EXPLOSIÓN DEL "MAINE" Y EL CONFLICTO CUBANO.—LA PRENSA Y LOS GOBIERNOS.—LA EXCITACIÓN DE LOS PUEBLOS Y LA SERENIDAD DE LOS GABINETES.—EL SENTIMIENTO Y LA RAZÓN—POR QUE NO HABRÁ GUERRA.—EUROPA Y AMÉRICA.—CONCLUSIÓN.

Difícil y peligrosa es en verdad la delicada misión, confiada al Sr. Polo de Bernabé, nuevo enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de España ante el Gobierno de los Estados Unidos. Si no hubiera todos los motivos que concurren á hacer las relaciones de los dos grandes pueblos cada vez más tirantes, las solas circunstancias que precedieron al retiro del Sr. Dupuy de Lome serian bastantes á erizar de dificultades la posición del nuevo diplomático.

Mientras en la unión americana y en la monarquía española los espíritus inquietos en efervescencia se caldean al rojo blanco, al soplo ardoroso de una prensa henchida de pasiones y repleta de amenazas; mientras las clases sujetas á los vaivenes y abandonadas á las mareas de las luchas políticas en los dos pueblos, gritan desaforadamente guerra y exterminio, y las masas populares se agitan con estremecimientos, extraños buscando soluciones violentas á una situación insostenible, sin ver el hondo abismo en las conmociones de las luchas armadas; mientras todo esto pasa en los diversos grupos sociales conmovidos por las impresiones, mejor que guiados por el razonamiento: los gobiernos de Madrid y de Washington hacen supremos esfuerzos para conservar la paz amenazada, para restablecer la armonía rota, para acallar las pasiones que estallan, los odios que chispean, los arrebatos patrióticos que hacen explosión.

Prudentes y reservados el Sr. Sagasta jefe del gabinete español y Mr. Mc Kinley supremo magistrado de la unión americana, se conservan tranquilos en la región serena de su alto puesto, y procuran por todos los medios que tienen á su alcance satisfacer los verdaderos intereses de su nación, poniéndolos de acuerdo con el clamor creciente de la opinión pública, extraviada tal vez por los heraldos de la prensa en sus procedimientos, pero siempre guiada por el culto sagrado del honor y de la patria.

\*\*

La desgraciada catástrofe que hundió entre las sombras y en las revueltas aguas de la bahía de la Habana el acorazado americano *Maine*, la noche del 15 del Febrero último, todavía es un enigma que en vano han tratado de descifrar por extraordinarios esfuerzos las comisiones navales española y americana, trabajando sin descanso por más de tres semanas entre los restos destruidos del buque naufrago que se hunden cada vez más en el lodo y ocultan con más tenacidad la misteriosa causa de su hundimiento.

Avida de impresiones y con razón interesada en el asunto, la prensa de los dos países ha querido adelantarse á las cortes oficiales, ha lanzado ejércitos de reporters y antes de que se haya pro-

## DAMAS MEXICANAS



Srta. Teresa Bernstein  
(ENSENADA DE TODOS SANTOS,) BAJA CALIFORNIA

nunciado una sola palabra sobre el informe que ha de resolver la escabrosa cuestión, aventura las opiniones más formales y unos, los periodistas americanos, lanzan tremendo reproche y deciden sobre la responsabilidad de los funcionarios de la Habana; otros los españoles, atribuyen la explosión á una causa originada en el interior del buque naufrago, descargan de toda culpa á los encargados de velar por la seguridad en el Puerto de la Habana y acusan de negligentes y descuidados á los oficiales del *Maine*.

Mientras no se conozcan los documentos oficiales autorizados debidamente por los encargados de la investigación, en nombre del gobierno de Washington y del gobierno de Madrid, siempre creemos que es algo aventurada cualquiera opinión que se emita. Los procedimientos inquisitivos se han desarrollado en la mayor reserva, se ha prohibido á los testigos y á los jueces someterse á entrevistas reporteriles, se ha procurado escrupulosamente aislarlos de toda comunicación, se ha prevenido por los gobiernos interesados en el asunto que nadie que carezca de carácter oficial se acerque á los despojos del *Maine*; y aunque la habilidad del moderno reporterismo pudiera quebrantar estos preceptos, romper estas consignas y pasar por encima de toda consideración, en su anhelo de satisfacer la pública ansiedad, hay que tener mucha reserva con todas las noticias que se han dado á los cuatro vientos de la publicidad.

Y suponiendo que sean ciertas estas informaciones, considerando que los correspondientes de la prensa hayan podido romper todo sigilo y bebido en fuentes fidedignas su información, no vemos motivo suficiente para la alarma que siembra en los espíritus, la nota diaria que viene de Madrid ó de Washington.

\*\*

Queremos creer que hay divergencia absoluta entre las decisiones de las dos cortes navales que investigan la causa de la destrucción del *Maine*; queremos conceder que, guiados por prejuicios ó indicaciones especiales, cada cual ha pretendido dejar incólumes los intereses que representa: esa división en los pareceres, ese apartamiento en las opiniones, aleja y aplaza por tiempo más ó menos largo la solución del conflicto, da á los go-

biernos ocasión para pesar con prudente reserva sus determinaciones; proporciona la coyuntura de un arbitraje internacional para salvar las diferencias, y concede una tregua para que los espíritus se calmen, las excitaciones se amortigüen, los impulsos arrebatados se dulcifiquen y para que el frío razonamiento pueda hacer oír su fallo sereno y justiciero.

\*\*

Cierto es que en la efervescencia del momento, el congreso de los Estados Unidos se ha levantado como un solo hombre, inspirado por patriótico impulso, para acudir á la defensa de la República, concediendo un crédito de cincuenta millones de pesos y un amplísimo voto de confianza al poder ejecutivo. Es verdad que el gabinete español, con menos holgura pero no con menos sentimientos patrióticos, procede en la órbita de sus facultades á reforzar sus elementos de combate, á acallar el público clamor, procurando en esfuerzo supremo terminar las dificultades antillanas, alejando de ese modo todo pretexto de intervención extraña. Pero aún en este supuesto, vemos como posible una solución satisfactoria para los dos países, sin perturbaciones violentas y sin que haya necesidad de resolver el conflicto por la fuerza de las armas.

Se habla de los buenos oficios interpuestos en correcta forma por la Gran Bretaña, que sufriría no poco, caso de estallar la guerra; se pronuncia con respeto y veneración el nombre de León XIII, dispuesto á interponer su figura blanca en el conflicto de dos pueblos cristianos; se murmura por lo bajo la acción de las grandes potencias que, con razón ó sin ella querrian interponerse entre los combatientes; y estas murmuraciones, estos diceres toman cuerpo y consistencia y hacen creer en el posible alejamiento del conflicto.

\*\*

Pero hay más todavía. Aunque el pueblo español se sienta con todos sus bríos, capaz de todos los sacrificios, para abandonar el terreno de la diplomacia y entrar de frente en la lucha armada, sin contar el número de sus enemigos, el gobierno parece dispuesto á agotar todos los medios decorosos, antes de recurrir á las armas para dirimir las dificultades.

Y aunque una gran parte del pueblo americano se sienta fascinado por los espejismos de dar independencia á los que luchan con desesperación en la revuelta Antilla, á los que hace tres años pugnan por adquirir su libertad, hay algo que pesa más en las decisiones del gobierno de la Casa Blanca: la tradición republicana de Washington, de vivir en paz con las naciones, la influencia de los sindicatos de Wall Street, que no quieren perder ni menoscabar siquiera el triunfo alcanzado en las últimas elecciones.

Y si bien los pueblos alguna vez se rigen por sus sentimientos, creemos que vivimos en una época en que se escucha la razón y se atiende á los legítimos intereses de los grupos sociales.

X. X. X.

Marzo 17 de 1898.

### Para que mueran con valor

Un medico americano pretende que el Gobierno acepte un procedimiento suyo para que las personas que sean conducidas al patíbulo vayan á él y mueran con valor. El procedimiento es muy sencillo: inyectar al condenado con éter acético.

"Así, dice el médico filantrópico, le hace al que va á morir, el favor de darle ánimo y hasta dignidad; y á los que presencian las ejecuciones se les ahorra el triste espectáculo de ver á un hombre que va dando diente con diente y que le flaquean las piernas "

Con el próximo número repartiremos á nuestros abonados el Volúmen 1<sup>o</sup> de la preciosa novela de Jorge Ohnet, titulada *El Gran Margal*.

## LA SEMANA.

**SUMARIO.**—Barbarie festiva.—La juventud se divierte. La civilización al servicio del salvajismo.—Corbett y Fitzsimonds en el Cinematógrafo.—La nueva Chicago.—Dos ruinas.—Como se llega a la felicidad.

Tacubaya se está convirtiendo en un centro de amenidad y recreo verdaderamente delicioso. A las señoritas que se disfrazan de hombres para dar y darse bromazo; á los carcamanes y partidas de la feria; á las palizas, succulentas y confortativas que incógnitos vecinos del lugar propinan á otros no menos vecinos, inconocibles después; de ellos, han sucedido otros géneros de *sport* incomparablemente más espirituales, más sensacionales y que deben hacer la felicidad de sus inventores. Noches pasadas se corre la palabra de casa en casa, de puesto en puesto de policía, de oficina en oficina sembrando *por doquier* el pánico y la desolación. La voz que corre es alarmante y de fuente *soi dissant* oficial: un gran terremoto que conmovió la tierra y por consiguiente la población hasta en sus cimientos. La voz misteriosa sugiere á los vecinos ponerse en salvo así como sus bienes muebles, si quieren quedar con vida y tener que desayunar al día siguiente.

Como el fuego en un reguero de pólvora cunde y se propaga la alarma; señoras á medio vestir y con la cajita del gasto bajo el brazo, salen corriendo á la calle y se refugian en el despojado; sácase á los niños de las cunas para abrigo en la intemperie; caballeros en camiseta y sombrero alto huyen llamando y arreando á sus mujeres é hijos; los inválidos, los impotentes y los enfermos piden á gritos se les ponga en salvo; se accidentan en plena vía pública las señoritas románticas; los novios buscan para salvarlas á las amadas de su corazón; las autoridades prestan, las unas, auxilio á los fugitivos, dan las otras pábulo al desorden y por un momento Tacubaya se transforma en un pequeño Tehuantepec.

Poco después la calma y la reflexión recuperan su perdido imperio; se busca al autor de la especie y no se le encuentra; el principio de autoridad niega haber propalado la especie; se ratiocina, se discute y se llega á la convicción de que la villa ha sido víctima de una broma y todo entra en el orden y vuelven todos á reintegrar el domicilio conyugal. Resultados tangibles: catarros, pulmonías, alferencias, ataques de nervios, pérdidas de algunas prendas de más ó menos valor, derrames de bilis y ridículo general.

Entre tanto el autor ó autores de la broma han sido felices, han gozado con el terror público, experimentando la deliciosa fruición de causar daño y en suma se han divertido como apaches y bromeados como capacas.

\* \*

¡Cómo nos retrotrae este suceso á las épocas semibárbaras de las *chorchas*, de *Los del bronce*, de la sociedad del *Chivo Prieto*, y otras instituciones que tenían por objeto *hacer maldades*, dar chascos, provocar conflictos, promover riñas y armar escándalos con la intención de divertirse, de tener un rato de expansión del mejor gusto tendiendo á un hombre en cama de una cólera, descalabrando á un niño, avergonzando á una mujer ó desacreditando ó ridiculizando á un funcionario!

En aquellos patriarcales tiempos, cuando se quería matar de cólera á un amigo se le daba un *gregorito*. Se escogía una accesoria que hiciera esquina, y tuviera puertas á una y otra calle; se invitaba á un amigo á cenar á un figón, á una *jugadita* clandestina, á visitar á unas muchachas, y se le llevaba á la esquina en cuestión. Un cómplice situado á la vuelta, aplicando la boca á la cerradura fingía ser el dueño de la casa. Llegaban la víctima y su verdugo y llamaban; de mal humor y con malos modos el cómplice preguntaba qué se le quería.

—Traigo á fulano á que cene conmigo.

—Fulano no es más que un tal, por cual, un esto, un el otro; sus hermanas así, su mamá asado, su padre un pícaro, su tío un sinvergüenza.

Al oírse tratar de tal modo el invitado, protestaba, se enfurecía, contestaba insulto con insulto; clamaba: Abra usted si es hombre! intentaba derribar la puerta. Nueva furia del supuesto dueño de la casa y nuevas injurias; salían entonces á lucir los pormenores íntimos, los secretos de fami-

lia, se hacía la biografía difamatoria del invitado; el amigo terciaba y sopretexo de conciliarlos exaltaba los ánimos y exasperaba á los contendientes. Cuando la víctima, jadeante, furiosa, trémula y loca de cólera había apurado aquel cáliz, el amigo se lo llevaba con la promesa de que tomaría venganza al día siguiente. Al día siguiente, en efecto, el galante pulquero dueño de la casa, veía entrar garrote en mano, como una exhalación, á un hombre, verde de ira, que le pedía cuenta y razón de los agravios de la vispera.

Excusado es decir que este género de bromas, como las que daba *El Chivo Prieto*, acabaron muchas veces con riñas sangrientas y homicidios proditorios.

Así es como se divierte la gente decente! La nobleza inglesa de en tiempo de Isabel, se congregaba también en *chorchas* para cintarear plebeyos, hacer bailar de cabeza á las plebeyas, incendiar chozas, quitar capas, romper vidrios y faroles, mutilar estatuas, ensuciar fachadas y otros honestos, plausibles y civilizados entretenimientos.

Todo eso, digámoslo en serio y de una vez, es abominable, salvaje y criminal; las autoridades deben perseguir y castigar á esos bromistas que reniegan de la cultura social y de la civilización y que olvidan la ley para procurarse diversiones de trogloditas y entretenimientos de fidjianos.

Si algún paso ha dado nuestra cultura social, es el de haber acabado en las clases medias con la travesura dañina, con la broma sangrienta, con el retazo brutal, con el juego peligroso y pernicioso y no debemos tolerar que resucite en Tacubaya una barbarie que hemos extinguido en el resto del país.

\* \*

Combinar el cinematógrafo, que es la civilización, con el pugilato que es el salvajismo, tal es el espectáculo que noches pasadas pudimos contemplar en el Teatro Nacional en donde se exhibía de movimiento y con toda la crudeza de la realidad en el Veriscopio, la lucha épica á trompis entre Corbett y Fitzsimonds.

Toda la raza anglo sajona está en ese su sport predilecto y apasionante, y para medir la distancia que media entre dos razas basta comparar sus diversiones favoritas.

En España y la América Latina las corridas de toros son espectáculo vistoso, deslumbrador por la riqueza de los atavíos brillando bajo un sol de fuego, por la variedad de los lances de la lidia, coronado por la victoria del hombre sobre la fiera. Los lidiadores ostentan valor y elegante destreza, pelean sonriendo y como jugando, y en fuerza de desparpajo y de agilidad hacen perder la noción del peligro, parecen invulnerables intangibles, sus suertes son pasos de baile, sus actitudes, estéticas, sus movimientos, agraciados.

En el pugilato no hay más que un yunque y un martillo. Dos hombres desnudos, desgarrados, antes secos y escuetos quericamente musculados, producen al presentarse en la arena la impresión de dos reumáticos que entran al baño. Bajo un cielo nebuloso y gris que cada dos minutos vierte su ducha sobre aquellos cuerpos sudorosos, se aglomera una multitud de paraguas abiertos, de *waterpaoufs* abrochados, de paletots guarnecidos de pieles; un público silencioso espera con calma el principio de la lucha, trabando apuestas al mando de los corredores oficiales.

Suena el timbre, los luchadores se adelantan y comienza el jaleo. Con los brazos caídos, con movimientos desgarrados é insulsos, idénticos á los de un tango de negros, se acechan, se amagan, se esquivan, pero todo sin elegancia, según las reglas de una gramática, pero sin acatamiento de un solo principio de estética. Esta zandunga dura casi todo el primer asalto, la mitad del segundo y parte del tercero y siguientes; poco á poco los luchadores entran en calor, suenan como tamborazos las puñadas; *los honores* de la primera sangre corresponden á Corbett, Fitzsimonds acaba por convertirse en yunque sobre el que golpea su adversario á porfía.

Fitzsimonds, el vencedor, no da más que tres golpes en los catorce asaltos que duran casi dos horas; el primero tras de la oreja de Corbett á quien hace girar como un volante; el segundo en plena boca que hace augurar un buen negocio á los Spyers de la libre América; el tercero definitivo y vencedor sobre el corazón de Corbett.

Aquello es bárbaro, salvaje; pero monótono é insulso. En la corrida de toros el hombre lucha

contra la fiera, los latinos no han vencido aún á la naturaleza y luchan con ella todavía; en el pugilato el anglo sajón lucha con el hombre y trata en la arena, como en la política, de dominar y subyugar al hombre. En la corrida cada lidiador ayuda, auxilia, ampara á los demás, y *el quite* es una manifestación filantrópica, un acto de abnegación caballeresca, característica de la raza; en el box ninguno de los lidiadores tiene quien lo ampare, ni lo proteja, ni lo defienda; tiene que bastarse á sí mismo luchar por su cuenta; símbolo de el individualismo anglo sajón. El Juez de campo, representa fría, inexorable, impasiblemente á la justicia y á la ley que todo lo dominan y todo lo rigen en esa raza austera y fuerte. En la corrida se ejercita ante todo el valor, en el pugilato la resistencia, la perseverancia, la tenacidad infatigable, la testarudez indómita que convierte á los hombres en máquinas poderosas y eficaces para lograr sus fines. Con un *varetazo* un torero pasa á la enfermería; el boxeador moreteado, bañado en sangre, con las quijadas rotas, las costillas hundidas, no abandona la lucha, sino ya caído, impotente, medio muerto, incapacitado, acaso para siempre, de acción y de movimiento.

Fitzsimonds es viejo y Corbett es joven; el primero representa la calma, la cachaza, la astucia; el segundo el ímpetu, la agilidad, el fuego. Venció el primero; tenía que ser: precisamente porque el toro es ciego y brutal lo vence el torero que tiene de su lado el cálculo, la reflexión, la sangre fría. En ese considerando está encerrado el secreto del éxito colosal, imponderable, que en la ciencia, en la industria, en la guerra, en el dominio del mundo han sido el patrimonio y serán el futuro de la raza anglo sajona. Cada vez que la latina crea un Napoleón lleno de ambición, de empuje, de entusiasmo, el anglo sajón le opone un Wellington, obstinado é inflexible y cada vez que se ofrece un Trafalgar, la raza poderosa encuentra un Nelson que mutilado de ambas piernas, se hace meter en un barril de salvado y continúa peleando hasta vencer. Y esta es toda, pero es grande, la filosofía del pugilato.

\* \*

Hémos aprendido de los americanos á recorrer toda la gama del cocktail, á hacer un pliegue rígido y vertical á nuestro pantalón, á jugar al *basse ball*, á *flirtear*; pero el contagio yankee gana terreno y vamos poco á poco adoptando usos y costumbres peculiares suyos, que entran gradualmente en los nuestros y forman parte integrante de nuestro modo de ser. Entre ellos figura la allá inveterada costumbre de los incendios que de una manera espléndida hemos inaugurado hace meses y que en la semana que reseñamos hemos ostentado con brillo y esplendor, sin que haya inmodestia en decirlo.

Tres grandes fortunas, acumuladas brazo á brazo, á fuerza de trabajo, de perseverancia, de honradez y de inteligencia se han evaporado en flamas, disipado en humos, desvanecido en vapores bajo la influencia destructora del fuego, y tres hombres ayer ricos, felices, seguros del hoy y tranquilos por el mañana, tienen que volver á comenzar la grande obra, que luchar de nuevo, que penar, que bordar una vez más la tela de Penélope y que rehacer en la edad madura y en la vejez las energías, los entusiasmos y los esfuerzos de la juventud.

¡Qué implacable es el oxígeno me decía un químico amigo mío ante el formidable incendio de la Casa Empacadora! Cuando ese comburente, agregaba, hince el colmillo en un combustible, lo devora y lo disea con una tenacidad de roedor; sigue el hilo de las fibras de la madera, se insinúa en los intersticios de los cristales del carbón, se enreda en las mallas de la tela, lame la superficie de los metales, desaloja los productos empíreumáticos, desarrolla calor y luz, enciende llamas, desparrama chispas, lanza irradiaciones y destellos, y bajo aquella fiesta para la vista y en el seno de aquella orgía de irisaciones y de matices, trabaja, buitre siniestro, en las entrañas de la materia, que funde y deforma y hace estallar cuando no puede devorarla.

Y no es lo menos siniestro en un incendio que sea agente de ruina, de desolación y de muerte el mismo que fecunda los campos, que anima las industrias, que transfunde y mantiene la vida de animales y plantas; el aire. Así está hecha la existencia, de incongruencias y de contrastes. El placer que vivifica y endulza la vida, lleva consigo el tósigo que ha de producir la muerte; con



CASA DE TIBERIO EN ROMA

### El incendio en la Casa Empacadora

A las nueve de la noche del miércoles último, se observó que había empezado á incendiarse uno de los departamentos del amplio edificio que por el rumbo de San Lázaro, cerca de la antigua garita, tiene la Compañía Nacional Empacadora que se dedica á la matanza de cerdos en gran escala y á la fabricación de jabones ordinarios. Tan luego como fue notado el siniestro, acudieron los bomberos, los empleados de la casa y compañías de soldados; pero la clase de materias que habían sido atacadas por el fuego y el fuerte viento que soplabá imposibilitaron la extinción, y solo fué posible conseguir que quedara aislada una gran parte del edificio. Para llegar á este resultado, qué maravillas de la fuerza, qué prodigios del valor, qué milagros de la inteligencia fué preciso poner en actividad!

A la una de la madrugada del Jueves —Dice un testigo presencial— ya los bomberos estaban rendidos de cansancio, lastimados, heridos algunos y todos con las ropas empapadas. Entonces fué cuando su Comandante ordenó que entraron los de reserva que habían estado al cuidado de las bombas.

El aire soplabá con fuerza arrastrando las llamas hacia el Poniente y bien pronto se comunicó el fuego á la extremidad Norte del departamento de matanza. Ahí se reconcentró toda la atención, comprendiéndose que ese lugar era de eminente riesgo por estar en comunicación con otros departamentos, ser casi todo de madera y contener maquinaria de mucho costo.

Un descuido ligero y la línea de fuego se hubiera extendido con la mayor rapidez, porque hay que advertir que no solo los muros y los pavimentos están impregnados de grasa, sino también los pies derechos que sostienen la construcción, la techumbre y la escalera.

Pero no hubo ese descuido. El peligro, atractivo irresistible de los corazones bien templados, el noble sentimiento del deber, la instigación rabiosa de la lucha contra las fuerzas ciegas de la naturaleza rebelada, todo ese conjunto de elementos vigorizadores animó á las autoridades, á los bomberos, á los soldados, y al fin se logró vencer al voráz fuego que se retorció humillado cebando su despecho entre los escombros de la presa que no hubo tiempo de arrebatarse.

El jueves al medio día todavía trabajaban los bomberos, extinguiendo entre los escombros las últimas fogatas.

Todo lo más importante de la negociación se salvó; y las pérdidas, que por la magnitud del incendio se creyó en un principio serian enormes, parece que no llegarán á ochenta mil pesos.

La «Casa Empacadora» tiene seguros por seis cientos mil en dos acreditadas compañías.

### UN DIBUJO DE LA CRUCIFIXION.

Un arqueólogo muy distinguido, el profesor Marucchi, de Roma, que se ha dedicado desde hace muchos años con tanta paciencia como talento y no sin éxito al difícilísimo estudio de la epigrafía, comunicó en los últimos días á la prensa romana que acababa de hacer un importante descubrimiento.

Se trata nada menos que de la reproducción en un *grafito* en la pared de una cámara del Palacio de Tiberio en el Palatino, de la escena de la crucifixión de Jesucristo en un dibujo bastante groseramente ejecutado y que debe haber sido obra de alguno de los soldados romanos que tomaron parte en la divina y legendaria tragedia del Calvario.

La escena, dice el Profesor, está trazada por una mano visiblemente inexperta, y las figuras de unos quince centímetros de altura están ejecutadas de un modo rudimentario. En medio del dibujo se ve la cruz, al lado de la cual hay soldados llevando escalas. Jesucristo, está representado en el momento de ser clavado al instrumento del suplicio. Su Juez, Poncio Pilatos, está en un extremo. Cada personaje, además está designado por su nombre inscrito al pie y esos nombres tienen una consonancia enteramente romana. Por encima del dibujo corre una inscripción latina de quince líneas en caracteres pompeyanos bastante difíciles de descifrar y que comienza por la palabra *Crestos* refiriendo sumariamente el apostolado y la Pasión del Divino Maestro.

La noticia de este descubrimiento ha despertado, como era de esperarse una gran conmoción en el mundo arqueológico. Se ignoraba que nuevos registros ó inquisiciones se hubieran emprendido ha poco en el Palatino y por eso se pregunta cómo pudo hacerse este nuevo descubrimiento y si ha sido tal descubrimien-

to en el verdadero sentido de la palabra. Para resolver esas dudas, el Sr. P. Ziegler, que escribe en "La Ilustración" de Paris, ocurrió al lugar del acontecimiento y he aquí la explicación que pudo recojer:

Desde hace mucho tiempo se sabe que existe en el piso bajo de la casa de Tiberio un corredor en que hay muchos *grafitos*, nombre que se da á los diseños acompañados de explicaciones y en los cuales tanto el dibujo como la leyenda están groseramente trazados con ayuda de la punta de un cuchillo ó de un clavo aguzado.

Naturalmente, no ahora sino desde hace largos años los sabios arqueólogos é historiadores se han dedicado á descifrar este antiguo lenguaje mural, pero fuerza es decirlo, con menos éxito que buena voluntad.

Y eso se comprende porque si el asunto fuera fácil, la epigrafía ó ciencia de descifrar los caracteres antiguos no sería como es tarea de sabios y bastaría á cualquiera para el caso con tener buenos ojos pues con pasarlos por una inscripción quedaría esta tan bien comprendida como cualquiera de las del Arco de la Estrella.

Algunos sabios han leído de una manera; otros de otra, y el Señor Marucchi pretende que todos se han equivocado ó más bien que no estudiaron suficientemente el texto grabado. A esto es pues á lo que se refiere el último acontecimiento; á una interpretación nueva de los ya conocidos *grafitos*. Será esta finalmente la buena, la verdadera, la única admisible? "No me siento suficientemente familiarizado con las dificultades de la epigrafía—dice el Señor Ziegler—para radicar mi convicción, aunque las altas dotes del Señor Marucchi pudieran ser una garantía de probabilidad.

El grabado que publicamos en este mismo número es una vista general del emplazamiento topográfico. Representa las ruinas de la casa ó palacio de Tiberio, detrás de la verja de madera colocada allí por la Administración á cuyo cargo están las excavaciones (*Servicio degli Scavi*) para impedir que los visitantes puedan deteriorar ó cambiar con *grafitos* de su cosecha los de venerable antigüedad que cubren los muros con preciosas inscripciones.

No ha sido posible obtener una fotografía directa del *grafito* que motiva este artículo, porque en el corredor donde se encuentra hay constante y profunda obscuridad y porque los guardianes del local no permiten que se haga luz de magnesio temiendo que sea un formidable explosivo pero se han sacado á lápiz copias de la mayor exactitud.

En esos dibujos hay dos cosas muy perceptibles; primero en la parte superior caracteres apenas visibles y más abajo representada una escena. El señor Marucchi descifra de los caracteres la inscripción siguiente:

*Crestus, virgis caesus, decretus mori super palum vivus fixus est* Lo cual quiere decir:

"Después de haber sido azotado y condenado á morir, Cristo fué clavado en la Cruz."

En cuánto á la escena, la descripción que hace Marucchi corresponde bien á la de una crucifixión.

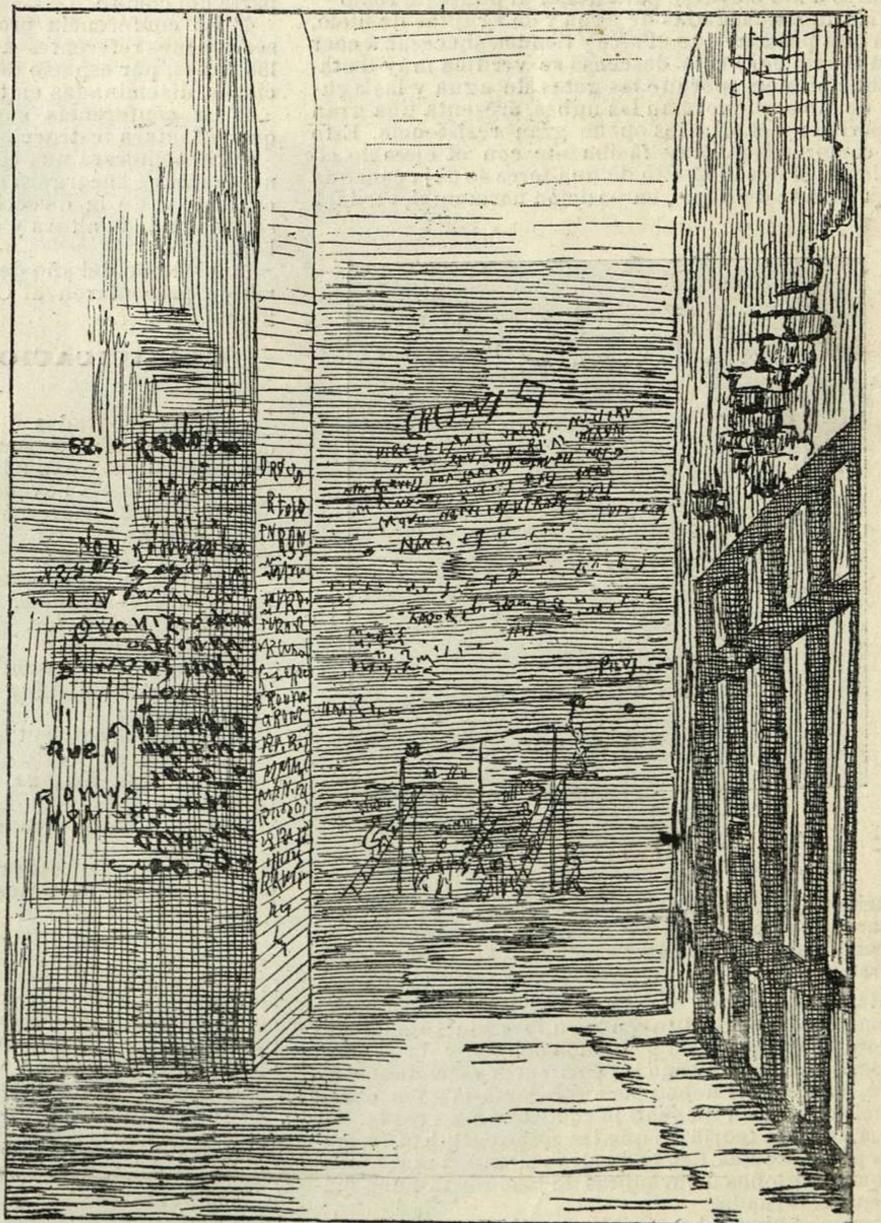
Otros arqueólogos habían afirmado que él representaba una escena de funambulismo y que todos los aparatos allí diseñados son los necesarios para bailar en la cuerda. El Señor Marucchi con gran acopio de argumentos combate esa teoría y se inclina en definitiva por la de la crucifixión.

Por otra parte, el Señor Marucchi ofrece publicar un estudio *in extenso* sobre el particular, que no dejará duda sobre la verdad de su afirmación.

Esperémoslo.

Seguramente el libro que promete el señor Marucchi no se limitará á la descripción de los *grafitos* de la casa de Tiberio y á las razones de más ó menos peso que inclinaron al arqueólogo á darles la interpretación que defiende, sino que traerá una nueva clave racional y comprobada para descifrar esos caracteres que habían permanecido mudos.

Siendo así, el sabio romano prestará á la arqueología un servicio eminente.



GRAFITO DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

## EL INCENDIO EN LA CASA EMPACADORA



1. Departamento de fabricación de bujías esteáricas.  
 2. Bomberos apagando las grasas incendiadas en la mañana del jueves.  
 3. Depósito de jabón labrado.  
 4. Fachada principal.

5 y 6. Fachada Norte y detalle de la misma.  
 7. Otro departamento de fabricación de bujías.  
 8. Máquinas para poner mechas a las bujías.  
 9. Departamento para fabricar jabón.  
 10. Otro departamento de lo mismo que todavía ar-

dia en la mañana del jueves.  
 11. Máquinas para empacar bujías esteáricas.  
 12. Bodegas de sebo y grasa.  
 13. Patio de la Administración.  
 14. Depósito de la fábrica de jabón,

## DOS NIÑOS

A JESUS CONTRERAS

El niño tenía la culpa y era preciso castigarlo! No andaba lejos seguramente. Siempre que mi vecina toca la *Traumeret* de Schumann, el chiquitín la espía ó por las rendijas de la puerta ó por los cristales de la ventana, cabalgando en el barandal y riendo feliz, de las tribulaciones de la inconsolable.

Pero ese niño, fresco como una primicia de rosal florido en el alegre Mayo; pero ese niño, blanco, rubio, de ojos azules candorosos y de risa sonora y alegre; pero ese niño juguetón, amigo de los pájaros, las flores, las mariposas y los céfiros; pero ese niño vagabundo podría ser?

—Sí, él era, todos lo decían..... Sorprendióse y quiso huir, pero lo sujeté de un piecitos adorable.

—Baje usted de ahí!

—Estoy oyendo..... suéltame usted, me lastima.

—Baje usted pronto, le digo.

—Ay, mamá! y comenzó á llorar.

Su llanto parecióme cinica comedia y sin reflexionar que es un cobarde quien maltrata á una criatura, con brusco ademán lo atraje, lo sujeté como á un bandido, cubrile la boca para ahogar sus gritos, resistí sus mordidas de fiero cachorro rebelde, y lo encerré en mi estudio, donde di doble vuelta á la llave, que guardé en mi bolsillo.

—Siéntese usted, le dije con el tono que hubiera usado un pedagogo del siglo pasado.

—Ya no lo vuelvo á hacer, me dijo elevando las manos juntas en ademán suplicatorio y poniéndose de rodillas—ya no lo vuelvo á hacer.

—Demasiado lo sé, repuse, tales crueldades solo se cometen una vez! Y mi acento era tan triste y tan sincero, que el niño dejó de chuparse un dedo que en la lucha le había yo lastimado..... No te voy á hacer mal, agregué; sólo que tu conducta ha sido tan mala, tu enormidad tan inaudita, tu ensañamiento tan criminal, que no me explico porqué, cómo, en virtud de cuál estupenda perversión, un ser de tus años puede provocar tamaños conflictos y derrumbar en un minuto una existencia de poeta, esa torre de Babel hecha de creencias, de esperanzas, de ensueños, de mitos y de amarguras; en cuyo extremo, que se hunde en los cielos, la fantasía no distingue sino vaguedades en el monótono desierto de la vida.

No comprendes la magnitud de tu obra? ¿No tiembles al ver mi alma envejecida y caduca y vacilante en un momento de angustia, que equivale al vejetar años largos de un hombre sin preocupaciones? ¿No te contrista este huérfano de aspiraciones? ¿No te remuerde la conciencia ponerme á orillas del suicidio por un pasatiempo, por un capricho, por una puerilidad?

El niño cabeceaba en el viejo sillón de mi abuelo, con los brazos cruzados y la cabeza rizada de oro solar, reclinada en la vaqueta recia y lustrosa del mueble. Lo desperté tirándole del brazo. Abrió los ojos, repetí las preguntas y me contestó entre dormido y despierto:

—Yo no fui..... no sé..... tengo sueño.

—No fuiste? Yo te he visto ¿no fuiste? ¿Quién puso en mis manos aquel libro de versos, quién me acon-

sejó en nombre de muchos que hiciera romances, quién aquella noche me llevó frente á un balcón abierto, de donde salían chorros de luz y el filado lamento de una romanza, quién me llamó la atención hacia la sirena que cantaba; quién me hizo recorrer la calle de arriba abajo espionando á una dama vestida de luto, que parecía triste y fastidiada, que miraba sin ver las lejanías crepusculares, que tosía mucho, quién le dijo que yo la amaba tanto? ¿quién le arrancó del peinado el clavel y lo hizo caer cuando yo pasaba, sangriento, quién hizo que se encontraran como dos hermanos largo tiempo distantes, nuestras miradas y nuestras sonrisas; quién ¡oh cruel! dictó las mías y escribió las suyas, frases empapadas en ternura? ¡quién oh, di! Tú, que seguías mis pasos como un espía, tú que mirabas lo que leía; tú que adivinabas en mi gesto cual nocturno de Chopin ó rondó de Weber, me causaba más hondas nostalgias de un mundo mejor; tú que es cuchabas mis soliloquios de vagabundo y sabías qué flor, qué estrella, qué matiz de crepúsculo, qué actitudes de cabeza femenina, qué ademán de pálidas manos, qué expresión de miradas, hacían latir mi corazón confuso y anhelante, con indefinibles y tiránicos deseos. ¿No fuiste tú? ¿No reías detrás del árbol musgoso, aquella noche, cuando á solas ella y yo murmurábamos al unísono el mismo juramento, y nuestras manos se buscaban, y nuestros labios se oprimían y la noche misma llovía sobre nosotros una nevada de plata, envolviéndonos en luz de luna como en un crespón nupcial? ¿Porqué lo niegas? Fuiste tú ¡oh traidor! No eres un niño, eres un monstruo de precocidad malévol y enfermiza; eres un genio satánico vestido de candor: solo así comprendo la trama refinada y perversa de mi tragedia. No eres un niño: un niño no tiene la elocuencia de un vidente y á mí, el excéptico, me torna en el idólatra incondicional de una mujer á quien dedico como campo virgen mis cicutas y mis azucenas; un niño no transforma al filósofo serio en un fanático que se extasia ante los fuegos de luz muriente del breve sol de los amores; un niño no ata con hilos de oro al fakir de una mujer y pone en las manos de la deidad el puñal más agudo para que á traición infiera la herida más honda!

Poseído como un enajenado hablaba más y más alto gesticulando, como el reo condenado á muerte injustamente, que quiere con lágrimas, y arranques y humildades y ruegos, conmoviendo al adusto tribunal.

El niño no me oía, abandonó el sillón conventual y tímidamente comenzó á recorrer la estancia de puntillas y sin hacer ruido, mientras yo, en el colmo de la pena, hundía la cabeza en las manos para que no me viera llorar.

El se entretenía en mirar el iris á través de un prisma de candil; en todas sus actitudes denunciaba á un olvidadizo, despreocupado y frívolo, que no fija la atención en nada ni en nadie. Hojeó al parecer entre tenido, un libro de caricaturas, apenas deletreó el título de dos ó tres folios de iconoclastas; se divirtió en dar vueltas á un globo terráqueo; todo lo tocaba para dejarlo en distinto lugar al que ocupaba; se sentó sobre una testa del Dante; sopesó una espada toledana; arrancó del florero una rosa de Bengala y masculló sus pétalos y tomando un corazón de *papier maché* que bajo un capelo había, lo desarmó sin saber después cómo colocar las partes que lo componían; los

volúmenes diversos con grabados, los cromos, los grupos bufos, todo ello parecía seducirlo y esbozó los pasos de un minueto cuando soltó la cuerda de la caja de música y dejó la melodía por emprenderla contra un saco de seda lleno de dulces que comió con glotonería para escupirlos después y despertar al gato que ronroneaba hecho bola en el cesto de los papeles viejos y retozó con él y quiso hacerlo jugar á las escondidillas ocultándose detrás de la cortina de la puerta.

—¿Y este puede ser, me decía? ¿Este niño juguetón, alocado, trivial; seducido más por un muñeco de porcelana como el tarjetero que por ese busto de Shakespeare? ¿Puede ser este niño la causa de mi mal cuando prefiere un saco de dulces á ese vaso sagrado con místicas crisografías? ¿Cuando entre un Goya y un Lengo opta por un cromó de Lengo? ¿Cuando lo entretiene ese volúmen de Bocaccio y lo enfada el divino Platón? ¿Puede ser, y me ve sufrir y en vez de aflijirse ¿qué hace?..... quemar su última carta y entretenerse con las crepitaciones del papel ennegrecido recamado de chispas..... Un niño así es un monstruo y debe morir.....

Al buscar una flecha envenenada en la panoplia que está sobre el canapé; al buscar el arma justiciera para una nueva pena del Talió; vi destacarse en la sombra un yeso, blanco, puro, y mutilado; era la Venus de Milo.

—Señora, le dije: debe morir vuestro hijo, debe morir por que es cruel, porque es inconsciente, porque es mentiroso, por que es cínico.

—Es un niño, me respondió la hermosa y severa señora, es un niño á quien quisiste conquistar con sermones y él no los entiende; con crueldades y le produces miedo, con elegias cuando ama las anacréonticas; con venenos y puñales, cuando se entretiene con dulces y juguetes; con simulacros de guerra cuando su juego favorito es el de las escondidillas; con responsos y ama las alegres zarabandas..... es un niño, pobre enfermo y los niños son así, flores nuevas y misteriosas en cuyo blanco cáliz no se aíslan aún el perfume y el veneno, la maldad y la inocencia; lloran por la rotura de un fanteche y le sacan los ojos á un ruiseñor que canta; tiemblan por que les riñan y se duermen tranquilos al borde de un abismo; es un niño, pobre enfermo, á quien siempre atraerán más las imágenes de una linterna mágica, que todas las pompas del rey sol..... es un niño y al mirarte serio, hurraño, triste, vestido de luto no te creyó un enamorado sino un pedagogo del amor..... ¡si te hubieras coronado de rosas, bebido vino de Lesbos, cantado á la amable Afrodita y pulsado la lira regocijada de los epitalamios!..... ¿Qué quieres que sepa de dramas un niño que solo comprende las pastorelas?

—Ven hijo mío, te perdonan; ¿verdad que lo perdonais?

Cupido me miró tan cómica manera, que para no provocarlo á risa con mi gesto, apagué la vela. En la sombra una voz femenina decía:

—¡Eres un niño!

—Ellos son los niños, contestaba una voz infantil. Y se oyó rumor de besos y batir de alas.....

MICRÓS.





CÚMULUS

## Fotografías de las nubes

Las nubes son aglomeraciones de gotitas de agua que flotan en el aire. Gracias á su leve peso y á la resistencia que el aire opone á su caída, esas gotitas quedan en suspensión, empañan la transparencia de las capas atmosféricas y se hacen visibles. Cuando rasas la superficie del suelo, constituyen las nieblas, y si se forman en las altas regiones de la atmósfera, dejando las inferiores transparentes y limpias, constituyen las nubes.

Las nubes no sólo pueden estar formadas por gotas de agua de extremada pequeñez: también lo están por agujitas de hielo, como pasa con esas nubes finísimas y delicadas llamadas *cirrus* que son las que se forman á mayor altura.

La causa principal de la formación de las nubes es una corriente ascendente de aire cargado de gran cantidad de vapor de agua. Cuando por alguna circunstancia se produce esa corriente ascendente, el aire, recibiendo menor presión comienza á dilatarse y como para este trabajo se necesita calor, el vapor de agua adquiere una temperatura más baja, y se condensa cuando llega á una capa cuya temperatura es la del *punto de rocío*.

El límite inferior de la región de las nubes estará, pues, determinado por la altura á la cual la corriente de aire deba elevarse para llegar al punto de rocío.

Las nubes cargadas de agua y de agujitas de hielo, son más pesadas que el aire y tienden sin cesar á caer á la tierra; pero este descenso se verifica muy lentamente: primero, porque las gotas de agua y las agujas de hielo que forman las nubes, presenta una gran superficie y el aire les opone gran resistencia. Esto se comprenderá muy fácilmente con el ejemplo siguiente: Si desde lo alto de una torre se deja caer una hoja grande de papel, en posición horizontal, tardará



FRACTO CÚMULUS

mucho en llegar al suelo, y si la misma hoja de papel se arruga se hace una bola y se la deja caer, tardará incomparablemente mucho menos tiempo en llegar á tierra.

Hay que tener en cuenta en segundo lugar, que los elementos que constituyen las nubes son sumamente ligeros, á causa de su pequeño volumen y de su gran superficie, y por último las corrientes ascendentes de aire, á las cuales deben las nubes su formación. obran precisamente en un sentido contrario á su caída.

La antigua teoría de que las nubes estaban formadas por vesículas llenas de aire caliente á manera de pequeños globos ó burbujitas de jabón, está completamente desechada.

Según Aitkens, hay una conexión singular entre los polvillos de la atmósfera y las partículas de los vapores acuosos, y la formación de las gotitas ténues

que constituyen las nieblas ó las nubes, debe tener por condición esencial, la presencia previa de polvillos sólidos en el medio en que se forman.

Ahora bien, cuando la condensación del vapor de agua en el seno de una nube da lugar á que se formen gotas de gran volumen, que son ya demasiado pesadas para quedar suspendidas en el aire, caen á la tierra produciéndose el fenómeno de la *lluvia*. La niebla en lugar de elevarse á las capas superiores de la atmósfera para transformarse en nube: cae á veces en forma de lluvia fina y algunas veces persistente, que se llama *llovizna*.

La primera clasificación de nubes se debe á Lamark. El físico inglés Howard, hizo una clasificación que pronto se popularizó; tomando como base los tres tipos principales siguientes:

*Cirrus*: filamentos paralelos, sinuosos ó divergentes, susceptibles de extenderse en cualquiera dirección, por vía de acrecentamiento.

*Cúmulus*: aglomeración convexa ó cónica, que crece en sentido de la altura á partir de una base horizontal.

*Stratus*: capa muy prolongada, continua, horizontal: que crece de abajo arriba.

En el curso de meteorología que se da en la Escuela Normal para Profesoras se sigue la clasificación de Pöey, quien dividió á las nubes en los ocho grupos siguientes:

- |                           |                            |
|---------------------------|----------------------------|
| 1. <i>Cirrus</i> .        | 5. <i>Pallio-Cirrus</i> .  |
| 2. <i>Cirro-stratus</i> . | 6. <i>Pallio-cúmulus</i> . |
| 3. <i>Cirro-cúmulus</i> . | 7. <i>Cúmulus</i> .        |
| 4. <i>Pallium</i> .       | 8. <i>Fracto-Cúmulus</i> . |

De éstas, las tres primeras y la quinta son las nubes de las altas regiones de la atmósfera, y las tres últimas son los nubes de las regiones inferiores. (\*)

La conferencia general de meteorólogos, reunida en Munich en 1891: considerando que las formas y los movimientos de las nubes merecen un estudio profundo que requiere el concurso de los institutos y observatorios meteorológicos de todo el mundo, tomó las siguientes decisiones.

1º La conferencia recomienda adoptar la clasificación de nubes de los Sres. Abercromby é Hildebrandsson.

2º El Atlas de las nubes, publicado por los Sres. Hildebrandsson, Köppen y Neunayer se adopta como una base para llegar á un acuerdo sobre la clasificación y designación de las nubes. Se nombrará una comisión que se encargue de publicar dibujos iluminados de nubes en láminas de cortas dimensiones y que no alcancen un precio muy elevado. El Atlas de las nubes, así como otras figuras presentadas á la conferencia, pueden servir de base á sus trabajos.

Se eligieron como miembros del comité á los Sres. Hann, Hildebrandsson, Mohn, Teisserenc de Port y Rotch, quienes podían asociarse á otros miembros. El Comité solicitó la cooperación del Sr. Singer y en el Otoño del mismo año el Sr. Weilbech entró á formar parte del comité.

4º La conferencia propone que se emprendan observaciones referentes á los movimientos y altura de las nubes, por espacio de un año, en diferentes estaciones, diseminadas en todo el globo.

4º La conferencia suplicó al Sr. Hildebrandsson que redactara instrucciones para las observaciones.

6º Se nombrará una comisión internacional permanente que se encargará entre otras cosas, del establecimiento y de la dirección de estaciones para la observación de la altura y de los movimientos de las nubes.

En el Otoño del año de 1895 los miembros de la comisión presentaron al Congreso de la Upsala la siguiente

### CLASIFICACION DE LAS NUBES

a. Masas separadas ó globulares (se ven con frecuencia en tiempo de secas)

b. Formas muy extendidas como un velo que cubre completamente la bóveda celeste (tiempo lluvioso).

A. Nubes superiores, á 9,000 m. por término medio.

a. 1. *Cirrus*.

b. 2. *Cirro-Stratus*.

B. Nubes medias, entre 3,000 y 7,000 m.

a. 3. *Cirro-Cúmulus*.

b. 4. *Alto-Cúmulus*.

c. 5. *Alto-Stratus*.

C. Nubes inferiores menos de 2,000 m.

a. 6. *Stratus-Cúmulus*.

b. 7. *Nimbus*.

Nubes de las corrientes ascendentes diurnas.

a. 8. *Cúmulus*. Vértice 1,800 m, base 1,400.

b. 9. *Cúmulu-Nimbus*. Vértice 3,000 á 8,000 m. base 1,400 m.

E. Altas nieblas, menos de 1,000 m.

10. *Stratus*.

Es probable que esta clasificación se acepte en los principales observatorios del mundo.

\*\*\*

El Sr. D. Luis G. León, Director del Observatorio Meteorológico de la Escuela Normal para Profesoras comenzó el primero del mes en curso á sacar fotografías de nubes, algunas de las cuales representamos en nuestros grabados y va á publicar un album, con su texto correspondiente, y al cual album titulará "Las nubes de nuestro cielo."

En cada nube se estudiará su forma característica, el cuadrante en que aparece, la velocidad con que se mueve y demás circunstancias de gran importancia bajo el punto de vista meteorológico.

(1) La atmósfera. Elementos de Meteorología por Luis G. León; pág. 45.—1896.

### NOTAS UNIVERSALES.

La noche del viernes 11 de Febrero último se representó por primera vez en el teatro Español de Madrid el drama de Echegaray titulado *La Duda*. El aplauso que obtuvo en este drama la actriz María Guerrero, fué unánime, estruendoso y merecido. Fácil ha sido, por consiguiente, que los críticos, en perfecto acuerdo con los espectadores, dicten sobre todo lo tocante á la representación una sentencia favorable, cuya validez nadie trata de impugnar y de la que nadie apela.

En cambio, acerca de la obra misma representada hay y se manifiestan muy divergentes opiniones; y como la estética, singularmente en su aplicación á casos particulares, dista mucho de ser una ciencia exacta como las matemáticas, no debe extrañarse que los críticos vacilen un poco ó un mucho, duden también, ya que se trata de *La Duda*, y se sientan incli-



CIRRUS CÚMULUS

nados á tomar para sí el papel de un gracioso personaje que hay en el mismo drama, que nunca dice *si ó no*, que siempre dice *según*, y que apenas sabe á qué atenerse.

Lo que desde el principio está fuera, ó mejor diremos, por cima de toda discusión, es el prodigioso y fecundo ingenio de Echegaray celebrado y admirado en toda España y reconocido ya en América y entre las más cultas naciones de Europa, donde se ponen en escena sus producciones y donde él es considerado como una de las mayores glorias contemporáneas.

Todo lo que escribe un autor de gran mérito no por eso es menester que sea una perfección y una obra maestra.

Acudir, como acuden algunos, para explicar que no obtenga el poeta en ocasiones el laurel de la victoria, á que escribió de prisa, con determinado fin y sujetándose á condiciones previas que refrenan el vuelo de la inspiración ó que le extravían ó le fuercen, puede explicar en parte un mal éxito, pero no le disculpa.

Notratemos, de disculpar al poeta ni porque escribió su drama á escape, ni porque lo escribió para que todo el peso é importancia de la acción recayesen sobre María Guerrero, y para que el drama fuese á modo de monólogo coreado. Y no culpemos tampoco al público porque no gustase extraordinariamente del drama. A mi ver, aunque en esto me parezca yo al cómico personaje D. Braulio, lo que no se sabe aún con certeza es si el público gustó ó no gustó de la obra. Y lo que ya se sabe con certeza es que el público quedó sorprendido, maravillado y suspenso al verla y oirla, lo cual jamás acontece con las obras medianas, sino solo con las obras producidas por autores de talento original y espontáneo, que no se resigna á seguir los frecuentados y trillados caminos, sino que se lanzan con impetu valeroso por los no abiertos ni tal vez hollados aún, para descubrir y conquistar inexploradas y desconocidas regiones en el mundo del arte y de la poesía.



FRACTO-CÚMULUS

# PELIGROS DEL SIMBOLISMO.

—¿Y de veras serás muy desgraciado, hijo mío, si note casas con la señorita Postel?

—¿Qué te pasa mamá? ¿Porqué me dices eso?

—Te has puesto pálido como un muerto al oír mi pregunta. ¡Cuán honradamente te ha entrado esa jóven en el corazón!

—Veamos mamá, explícate por favor, veo algo en tí que no es natural. ¿Qué ha sucedido?

Y Roger se dejó caer sobre el diván al lado de la señora Gauvain, le tomó las manos y se las estrechó nerviosamente.

La señora Gauvain volvió la cabeza para ocultar sus miradas.

—Nada, dijo, no ocurre nada, preguntaba yo por simple curiosidad... y luego, que supe que te habías disgustado con ella...

—¿Disgustado? No. Una insignificante que-rella de enamorados, que espero habrá dado al olvido. Ella se burlaba de mis gustos literarios de mi predilección por la escuela jóven, por los decadentes, los simbolistas, y como llegué á exaltarme, le dije que las mujeres no entienden nada de eso, porque no siendo más que unas lindas muñecas, solamente habían sido hechas para ocuparse de cintajos y niñerías. Esta palabra "muñeca" fué la que la hirió más y rabió un poquito y eso es todo... Pero tú! Háblame, háblame al fin. Algo me intentas ocultar. ¿Es que ya no me quieres?

La señora Gauvain sonrió con una expresión singularmente amarga y despreciativa, pero no contestó.

—Vamos, ya es demasiado, exclamó Roger con la faz encendida, tú crees aliviarme mándome poco á poco, cuando prefiero ser aniquilado de un golpe. Habla de una vez!

—Pues bien: no puedes casarte con la señorita Postel.

—Por qué?

—Porque... ah! Lo que voy á decirte es tan monstruoso, que se me atraviesan las pálabras en la garganta... La señorita Postel tiene... tiene un hijo; ya lo dije todo!

Roger que estaba pálido, echó á reír ruidosamente.

—Bah! Una carta anónima, chismarajos de criados que llevan y traen... y has podido creer eso?

—Mi querido Roger ¡Cómo puedes pensar que te dijera yo cosas semejantes, cometiendo una imperdonable ligereza! Yo era tan incrédula como tú y he pedido pruebas.

—¡Pruebas de que Paulina tiene un hijo!

Y el jóven intentó sin éxito reír otra vez.

—Calma: dijo la señora Gouvain; no corras por la habitación como fiera enjaulada. Siéntate de nuevo á mi lado y trata de escucharme tranquilamente. En suma, es mejor descubrir esas cosas antes y no después de la boda.

Roger vino á sentarse junto á su madre.

Te oigo, dijo.

Ella tomó una mano de su hijo entre las suyas.

—Es fuerza confesar, hijo mío, que tú y yo nos hemos cegado muy pronto por esa jóven á quien encontramos en Italia y que volvió á París al mismo tiempo que nosotros. A tí te sedujo su belleza y yo quedé encantada de su gracia y su travesura, y aunque poco sabíamos de sus antecedentes, nos conformamos de un modo que no fué muy discreto. El título de canonesa que lleva la señorita Luini, esa buena tía que se encargó de la jóven desde que quedó huérfana, parecía responder de todo. Sin embargo: bien veíamos que aunque la tal canonesa es una excelente persona, carece de voluntad propia, malería sin límites á su sobrina y se deja regocijada manejar por ella. Con todo y eso, jamás habría pensado en escudriñar el pasado de la que iba á ser mi hija, si uno de esos agentes (poco recomendables pero útiles á veces) que ejercen el espionaje por cuenta de los particulares, después de haberme enviado notas alarmantes, no se hubiera presentado en casa el otro día.

—Y te has fiado de semejante canalla?

—Estaba tan desprevenida y tan segura de que nada podía existir, que cedí á la curiosidad de saber lo que iba á inventar el personaje vil para ganar su dinero. Como tú, mereí á carcajadas al recibir la nueva de que la se-

ñorita de Postel tenía un hijo y lo criaba ella misma en secreto bajo el techo de la venerable canonesa. Quise poner en la calle al amable espía amenazándolo con la policía verdadera, pero tenía pruebas.

—¡Pruebas!!

—Sí, hijo mío, este individuo me trajo toda una serie de fotografías instantáneas, sin retoques, que forman una colección de cuadros de elocuencia irrefutable.

—Dame eso, pronto, pronto! gritó Roger.

—Es que esto verdaderamente resulta curioso. No solamente las fotografías descubren la falta sino que revelan tal cinismo en la jóven, una inconsciencia tan completa... no! prueban sobre todo que es una loca.

—Y vacilas aún, mamá?

Roger hizo esta pregunta con la voz empapada en lágrimas. Ira, dolor, decepción, amargura, todo había en ese corazón despedazado de un solo golpe, y todo salía como una catarata de los ojos del infeliz.





En la flor de la edad.

La canonesa estaba en un rincón, cerca del fuego, poniendo puntos á una tapicería, y su noble cabeza italiana se destacaba iluminada por una lámpara cercana.

—¡Santa María! dijo, ¡qué tarde llegan ustedes! ¿Qué les ha sucedido, algún accidente de carruaje?

La señora Gauvain suspiró profundamente, apenada de veras por el dolor que iba á causar á tan buena señora.

—¡Plegue á Dios que no fuera más que eso! contestó. Mi hijo y yo quisiéramos hablar á usted confidencialmente, pero á usted sola por lo que le suplicamos aleje á la señorita Paulina, pues más vale que de pronto ignore ella de lo que se trata.

—Me voy, dijo conmovida la jóven, pero les ruego que no me dejen mucho tiempo sin saber nada; tengan presente que en la angustia en que estoy, van á ser siglos los minutos.

Y se fué cerrando las puertas, antes de que su tía, llena de asombro, hubiera podido decir una palabra.

\* \* \*

—Paulina! Paulina! infortunada niña, ven pronto!

La canonesa había hecho este llamamiento con voz tan extraordinaria, tan dolorosa, que en dos saltos llegó la joven con el corazón palpitando



Luego vino á colocarse en medio del salón y tomando un aire contrito se puso de rodillas.

Pues que se ha descubierto mi falta, exclamó, fijando su mirada en las flores de la alfombra, debo soportar el desdén de ustedes y su cólera y pedirles humildemente perdón por haber querido engañarlos: pero si lo hice fué no más por amor, y espero conseguir con una vida de arrepentimiento y de virtud borrar la falta de un día. Pequé y me arrepiento. Ahora, ya somos extraños los unos y los otros y vamos á separarnos esta misma noche para no volver á vernos jamás: pues bien, sean ustedes generosos y no envenenen el recuerdo tan dulce de los días encantadores de mi amor. Díganme que me dan su perdón.

—Cómo sería posible? sollozó Roger. Me ha hecho usted tanto mal, que diciéndolo mentiría.

Su voz se ahogaba apesar suyo en un mar de lágrimas; no volver á verla ya nunca, nunca... Imposible! ¡Ay, cómo habría querido ignorar, permanecer ciego y feliz! ¡Qué cobarde se sentía y qué próximo á perdonar...! sí; pero cómo?

Ella que vió su emoción se levantó vivaamente con extraña alegría en los ojos; pero recobró pronto su doliente voz y agregó bajando sus párpados: —Conjuro á ustedes que me perdonen ó á que lo digan por lo menos y no pido más: solamente esa gracia! Decir que me perdonan junto á la cuna de mi hijo.

Roger dio un salto de león herido y la señora Gauvain se levantó como empujada por un resorte, diciendo con voz severa:

—Deveras que no tiene usted pudor, señorita!

—Háganlo ustedes por ella, dijo la canonesa, que había recobrado toda su serenidad, vamos, vamos á ver al chiquitín!

Y arrastró casi por fuerza á la señora Gauvain, que murmuraba entre dientes:

—No es bueno contrariar á los locos!

\* \* \*

En el último piso de la casa había una extensa pieza, una especie de taller cuidadosamente cerrado con llave y que la electricidad iluminó desde que Paulina abrió la puerta.

Las paredes estaban cubiertas de telas de seda, claras, y el espesor de

hasta sofocarla, y con los ojos asombrados, apesar de que había pensado tantos y tan diversos sucesos trágicos mientras estuvo sola, que ya nada podía sorprenderla.

—Es posible...! es posible...! Se me dice que tienes un hijo, se me enseñan las pruebas y yo me niego á la evidencia...no lo quiero creer.

La jóven lanzó un grito sordo, vió en torno suyo y observó que la señora Gauvain se había levantado y ocultaba los ojos como para no fulminarla, y que Roger permanecía sentado junto á la mesa, con la mano en la mejilla, mirando á la culpable con ojos insolentes.

Observó las fotografías y se abalanzó á ellas para examinarlas mejor; y una singular expresión contrajo su fisonomía, mordióse los labios que temblaban y luego, de improviso, se cubrió el rostro con las manos, y amargos sollozos empezaron á sacudirla.

La Canonesa cayó en su sillón abrumada y gruesas lágrimas salían lentamente de sus ojos y le rodaban por las mejillas.

—Povera ragazzina, dijo después de un largo silencio...con que era verdad! cuánto ha debido sufrir ocultándose de mí!

Paulina descubrió su lindísima cara y contempló á su tía con estupor y arrobamiento.

—Es lo único que tienes que decirme? exclamó. Oh! amor mío, qué buena eres!

Luego se arrojó sobre la llorosa y dolorida anciana, la rodeó con sus brazos y besándola apasionadamente le dijo algunas palabras al oído.





La señora Gouvain se levantó resueltamente y fué á traer un rollo de papeles que había dejado en la antecámara.

Roger se lo arrebató de las manos y aunque había en la estancia bastante luz, corrió á la ventana para ver mejor.

\* \*

Paulina! era verdaderamente Paulina, en traje de clown, con una peluca en la cabeza y retozando con un niño!

El joven suplicó á su madre que lo dejara entregarse sin trabas á su dolor y su cólera, y se quedó solo lamentando el pesar que lo abrumaba. Cien veces tomó en sus manos esas ligeras hojas sin barnizar, que estaban esparcidas en su mesa.

—Ella es, decía, no hay duda, ella es á pesar de este traje indecente y extravagante. Ah! bribona, bribona, esto es lo que me reservabas? Y contabas engañarme como á esa pava desventurada de tu tía! Y estaba yo allí, en éxtasis, ante tu gracia picaresca y tu travesura de niño que no era más que el descaro de una desvergonzada... He sido un idiota... idiota... idiota!!

Y estrujaba entre sus dedos los papeles frágiles y luego los desenvolvía y los alisaba para contemplarlos todavía.

¡Hay que ver cuán poco pesan á esta insolente madre la vergüenza y los remordimientos!... ¿Pero carece por completo de sentido moral? Se diría qué es una gata retozando con su cachorrito. ¡Y cómo se pavonea gallardamente haciendo marchar al espantoso mequetrefe! ¡qué gravedad cómica para enseñarle las letras! ¡con qué mano tan ligera lo castiga! Atenta y amorosa lo harta con la papilla como que ya es tiempo de destetarlo... Y esos ojos? ¡Pero qué lindos ojos tiene la maldita!

Las palabras más insultantes le venían á los labios y las arrojaba contra esa Paulina, á la cual algunas horas antes prodigaba los nombres más dulces.

Pero por más que hacía, por más que se indignaba estallando en maldiciones, el amor no se iba, no había podido arrancarlo, sino que por el contrario, se le clavaba en el corazón y se le hundía más profundamente



agravado por los celos, por el sufrimiento y por un deleite agudo y brutal que le hacía extasiarse en la contemplación de las ignotas y arrebatadoras bellezas que el extraño traje le ponía de manifiesto. Nunca había visto nada semejante. En el baile mismo apenas si llevaba Paulina un púdico escote, mientras que aquí un hilo ligero de perlas sujetaba á los hombros la indecente blusa de payaso, dejando desnudos los brazos y las espaldas. Y las piernas? ¡Oh! se le veían hasta las rodillas. Era necesario convenir en que Paulina era muy bella, mucho, hasta causar rabia y desesperación la corrección de las líneas, el brillo de los ojos, el encanto arrobador de las sonrisas.

—Ah! va á ser muy curioso, pero muy curioso cuando le ponga yo ante los ojos todas estas indecencias: y eso no tardará en suceder, porque voy á darme ese gusto ahora mismo, en seguida.

Roger se puso rabiosamente el paletó, amontonó con brusco movimiento todas las fotografías y se las metió en el bolsillo; luego se encasquetó el sombrero y salió haciendo á la puerta estallar como un cañonazo.

\* \*

Cuando llegó Roger á las habitaciones de su madre, esta se estaba sentando á la mesa.

—No te esperaba, le dijo, pero me alegro de que hayas venido á pesar de todo.

—Si piensas que voy á comer... .

—Siéntate sin embargo y haz como que comes, por complacerme. Vamos, ¿ya estás más sereno? ¿qué has decidido?

—Es lo que venía á decirte, mamá, contestó Roger después de haber bebido un vaso de agua. Mi novia nos espera como siempre esta noche: pues bien, vamos á su casa y nos damos muy dulcemente el placer de confundirla.



—¿Y piensas en eso, hijo mío? Sería muy incorrecto; palabras ofensivas, una escena, escándalo tal vez. No, no se hacen esas cosas. La penosa misión de romper me corresponde á mí que obraré con toda discreción y mesura.

—Estoy resuelto, madre, iremos los dos. Yo quiero esa escena, la ansío, tengo necesidad de una sacudida así porque estoy verdaderamente despedazado.

—Sería poco delicado y de mal gusto.

—El gusto y la delicadeza no tienen que ver en las catástrofes: por otra parte, te ofrezco que hablarás no más tú, pero quiero estar allí y eso es todo. Quiero ver la vergüenza y la confusión de la que me ha burlado. ¡Ironía, desdén, desprecio: esas son las armas que llevo!

—Después de todo, si esto puede aliviarte ¡peor para las conveniencias! dijo la señora Gouvain levantándose, y añadió: haré lo que quieras.

\* \*

Tan pronto como oyó el campanillazo que anunciaba la visita de su novio, Paulina se lanzó al vestíbulo.

—Una gran noticia mi querido Roger, gritó, ya me volví simbolista!

Pero inmediatamente se contuvo, cortada y pálida al ver las caras heladas y severas de los visitantes.

—¿Qué tienen ustedes, dijo, están enfermos, ha ocurrido alguna desgracia?

—Desearíamos una entrevista con la Señorita de Luini... .

—Mi tía? si los espera como siempre... ¡una entrevista! ¡Dios mío, qué pasará!

Entraron rígidos y altivos sin contestar, y así llegaron al salon tan alegre, tan íntimo, bajo la tibia luz de las pantallas, y con el perfume de las flores gratas á los enamorados.

## LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 12

—Su suegro, dice la leyenda, le regaló un par de piezas de tela blanca bordada de piedras preciosas, un collar de perlas blancas y una guirnalda de oro incrustada de perlas rojas.

—Magnífico. La señora de Fourchamps me prestará sus perlas. ¿Y cual fué el presente del Príncipe?

—Una túnica bordada de oro.

—Eso fué todo?

—No estoy enteramente seguro, pero el mejor de sus dones fué sin duda el espectáculo de la suprema sabiduría.

—De la cual dió pruebas dejándola para ir á mendigar por los caminos.

—Este Príncipe indudablemente era un estúpido, añadió la señora Peyrouard.

—Señor Deschars, dijo Montperrier, en el dibujo de usted que es encantador, hay una falta, pues Budha está en primer término y la Corte forma tapicería. Propongo á usted dar más importancia á la Corte, porque el Príncipe tiene tantas virtudes que la modestia será la menor. Colocaremos el carro á la entrada de los bastidores y eso nos salvará del peligro del caballo. El Príncipe dará un adiós con el gesto á su esposa, y toda la sala seguirá sus miradas!

—Será mejor así en efecto, dijo Claudia.

—Todavía sería mejor poner al Príncipe tirando del carro, y á los cocineros en primer término vestidos de dioses, dijo Puymaufrey. Eso sería más modesto.

—Lo que dijo Montperrier no tiene réplica y demuestra su génio, dijo Claudia.

—No es más que una observación de artista, replicó modestamente el aludido, pues cuando los actores y los espectadores son ilustrados hay que respetar las conveniencias de la óptica.

—¿Cómo hace usted para estar en todo, preverlo todo y enmendarlo todo? preguntó la señora Fourchamps.

—En cuanto á la tentación el proyecto de usted es perfecto, pero estaría más bien si Budha vistiera de oro y pedrerías.

—Pero si ya llevaba diez años de mendigo!

—Como la señora Preban que es muy rica, hace á Budha, el oro y los diamantes no deben suprimirse, pero se le podía poner como prueba de pobreza una flor de loto en la mano. Más allá, una orgía de bayaderas entre las flores y la señorita Harlé en primer término.

—Pero este hombre es una calamidad, pensaba Puymaufrey.

En el otro lado del salón, la señora Peyrouard hacía la lista de los invitados. La señora Fourchamps se le reunió á poco rato y empezaron una conversación escabrosa sobre teatros y actrices.

Claudia que pasaba por allí buscando algo, oyó las últimas palabras y paró, como se dice, las orejas. Luego se sentó á dos pasos junto á un velador haciendo como que escribía. La vizcondeza que vió con gusto las maniobras de su discípula, quiso recompensarlas fingiendo que nada había observado.

Después de diversos relatos picantes, se refirió que Lucques había estado la víspera en el teatro con Melania y que la atención del público había sido para ellos. Luego la vizcondeza dijo con intención:

—Montperrier salió de nuestro palco y fué á saludar discretamente á Melania que se manifestó impresionada de la visita.

—La conoció en casa de Morgán cuando iba conmigo.

—Supongo, dijo Claudia levantándose, que hay que dar un buen sitio al señor Carlober.

—Ya lo creo! El nos hará figurar en la prensa y es protegido del barón.

—En verdad que no es muy decorativo.

—Pero es buen abogado de nuestra causa.

—Señorita, vino á decir Montperrier, necesitamos á usted para el cuadro de la tentación.

Claudia se fué y á los pocos momentos ya se había trabado una discusión sobre los puestos de las bayaderas.

La señora de Peyrouard y la vizcondeza continuaban haciendo la crónica escandalosa de París, cuando se oyeron carcajadas en el salón vecino.

Las tentadoras de Budha querían todas el lugar preferente. Montperrier, proponía aislar á Claudia, en primer término colocándola de perfil en tanto que Deschars, la quería más al centro y en la actitud reclamada por la significación general del cuadro. La opinión de Montperrier, fué la que prevaleció. Luego una discusión se entabló y Claudia consultando los albums y recogiendo las indicaciones de Deschars tomaba notas para Morgán.

—Creo señora, dijo Montperrier, que la Vejez desamparada quedará contenta de nosotros.

La frase venía á propósito y la señora Fourchamps quedó agradecida al joven político de haber traído la atención al objeto un instante olvidado de tan loables esfuerzos. A través de incidentes variados seguían su curso los ensayos á los cuales llegaba Montperrier, tan pronto como lograba sacudirse esas moscas de ministros, embajadores banqueros y hombres públicos que lo fatigaban con sus consultas; y dejando en suspenso la grave cuestión de saber la orden del día de la próxima sesión corría á iluminar á Deschars y á sus amigas no por pretensiones, añadía, sino por un sentimiento de arte y de buen gusto que era innato en él.

Cuando llegó el momento de precisar los puestos, Montperrier, alegó que los croquis del viajero tenían necesidad de trasposiciones parisienses hechas por un especialista y que la señora Farini, antigua estrella de la Escala y maestra de baile, era la indicada para el caso. Se vió llegar á una obesa matrona desonrada cortés que tomó la dirección de escena y consagrándose á Deschars, lo mantenía en actividad constante, mientras que Montperrier libre de todo estorbo, se hacía el inseparable de Claudia, todo esto en una marejada de personajes que discutían vestidos, colocaciones y cortaban con preguntas disparatadas las explicaciones más importantes, riendo, charlando, refiriendo los escándalos del día. En primer lugar, Luciana celosamente vigilaba por su argelino el conde Espiridion Levidi.

La bella Lady Havoard mostrando indiscretamente una alma idealista bajo contornos esculturales.

La señora Artois, alta y esbelta de cuerpo correctísimo; el Príncipe de Lucques, á quien todos pedían confidencias sobre Melania y luego toda una juventud feliz agradecida á la «Vejez desamparada» por la ocasión que le proporcionaba de divertirse.

No había sido fácil la designación de artistas pues hubo necesidad de pesar fortuna, título, influencia y demás consideraciones sociales para los grados de una escala de papeles desde los más importantes hasta los de menos significación. Los amigos acudían á los ensayos para ver y jactarse de haber visto, para traer y llevar noticias y agitarse con ese ruido monótono de las vidas que no tienen objeto; para entretenerse en esas agradables maledicencias con que ensuciando un poco al prójimo, parece que nos lavamos nosotros.

La educación de Claudia se completaba en este medio que era para ella el universo realizado en felices expansiones de vida, entre las cuales Puymaufrey aparecía como la memoria confusa de un sueño del que se ha despertado ya.

Puymaufrey iba allí ó más bien se dejaba llevar por la fuerza de un inútil deber y se veía fue-



ra de su centro como esperando algo que tardaba en llegar. Entre tanto Claudia rodeada, adulada, cortejada, viendo la bienvenida en todos los ojos, orgullosa de su triple poder—dinero, juventud, belleza,—teniendo á su servicio todos los elementos de la vida y de la alegría, no soportaba ya el peso del amor de su padrino que le parecía un obstáculo á la expansión completa de sí misma.

¡Qué ironía la de recordarle á sus humildes amigos de Santa Radegunda, esos seres sencillos rudos y dulces á quienes ella daba socorros por la sola satisfacción de darles la felicidad de un día! Qué lejos estaba de todo eso! Cuántas cosas ocurridas en tan pocas semanas! Un mundo había terminado para ella.

En París, entre el torbellino de los placeres había visto pasar deslizándose por la perpetua fiesta, algunos mendigos degradados, severamente mantenidos en los límites de un gran respeto á los felices, triste objeto de escándalo por la exhibición de esos vicios de la miseria que según el príncipe de Lucques hacen la canalla revolucionaria.

¿Y los otros, príncipe amable, los que trabajan y piensan y dan á la nación la sabiduría de la vida desde el surco del campo ó el banco del taller?

Esos no importan á los más fuertes, que no tienen más preocupación que la de aprovechar la vida que pasa. Todo lo demás es convencional y el idioma, elástico, presta palabras para ocultar el acto impío en el cuadro fastuoso de un falso cielo para el alivio de los desventurados. Con ideas así predicaba Puymaufrey á Claudia al llevarla á su casa después de la representación. Inútiles comentarios, vanos esfuerzos de una filosofía desencantada que Claudia no discutía sino escuchaba con disgusto.

—Mi padrino pensaba empezó como yo, por gozar de su juventud y ahora quiere que yo abandone mis placeres y viva como vieja. Pero son

La alfombra apagaba el ruido de los pasos. Había pocos muebles: un diván en un rincón, un biombo, un velador y eso era todo. Aquí y allá, fijados en el piso ó pendientes del techo, barras, trapecios, argollas, el material completo de una clase de gimnasia.

—Nadie mas que yo ha entrado nunca aquí, dijo Paulina. Después corrió tras del biombo, que apartó mostrando una cunita con sus cortinas de gasa blanca. La joven con una sola mano se apoderó del ser que allí estaba acostado. . . . y lo arrojó en medio de la sala.

—Aquí está mi primogénito, todavía no he comprado otros.

Y la risa que había estado conteniendo por tan largo espacio de tiempo, estalló al fin en sonoras carcajadas.

—Oh, sí! exclamó: he aquí á mi hijo, un encantador hombrecito de madera y trapo. Ah! conque se me espiaba, mi camarista intrigada largos días por la policía secreta, había acechado por el ojo de la llave, y luego.... «Si vieran ustedes, la señorita oculta un niño» y se han taladrado mis paredes y se me ha hecho el insulto de asestar sobre mi desnudez tranquila el objetivo de una cámara fotográfica. Se ha violado la morada de una niña, se la ha sorprendido en el abandono de la soledad, en el misterio de sus intimidades. ¡Qué acción tan noble! Y los que la inspiraron y pagaron, vienen con grandes humos de dignidad y con arrebatos de tragedia á retirarme su estimación. Ah! pero el aire de confusión que tienen ahora me venga. Pueden ustedes irse, les perdono, adiós!

Pero en vez de salir, Roger se arrojó á sus pies, le tomó una mano y se la cubrió de besos.

—He sufrido tanto con este desprecio, que quedan lavadas las ofensas que te hice. Insúltame, pégame, soy tan feliz ahora, que no sentiré nada. Arroja-me de tu casa y me quedaré á la puerta como un perro fiel.

La buena canonesa, que reía y lloraba, dió, enjugándose los ojos, algunas explicaciones á la señora Gauvain.

—Figúrese usted: la chica enflaquecía, le recetaron la gimnástica, y como no me pareció conveniente enviarla á una escuela le hice poner esta instalación donde estaba cuanto tiempo quería.

—Sí, sí, comprendo todo eso, decia riendo la señora Gauvain, pero..... el muñeco? á qué viene el muñeco?

—¿A qué? contestó Paulina. Lo iba yo á referir á ustedes cuando llegaron con tan negras intenciones: «Para agradar á mi marido me ejercitaba en el simbolismo.»

—¡En el simbolismo!

Paulina, jugando con los rizos de Roger, que aun permanecía arrodillado agregó:

—¿No me dijiste que la mujer no es mas que una chiquilla? Pues bien, simbólicamente eso significaba que en manos de esa chiquilla el hombre no es mas que un muñeco.

JUDITH GAUTIER



### IMITACION

Ya listo está el barco! Si quieres me sigues,  
que alegre esta playa por tí dejaré:  
conozco, en la opuesta ribera, un paraje  
de ensueños y dichas, florido vergel.

Ya listo está el barco! Su blanco velámen,  
¿no ves como ondula del viento al compás?  
tus negros cabellos serán mi estandarte,  
tu pálida frente, mi luna será.

Tus ojos que tienen fulgores de estrellas  
serán de la proa luciente fanal;  
y acaso al mirarte surcar sus cristales,  
ondule sus ondas salobres el mar.

Tus húmedos labios, la límpida fuente  
será donde apaguen los míos su sed;  
y al ver los marinos la copa en que bebo  
caerán embriagados de envidia á mis pies.

Ya listo está el barco! Si quieres me sigues....  
¿no sé donde fuera contigo, mi bien!  
conozco, en la opuesta ribera, un paraje  
de ensueños y dichas, florido vergel.

### DE LEJOS

Abajo, allá tras la montaña, se hunde  
Envuelta en una atmósfera dorada  
una tarde sin nubes y sin viento.  
Vénus, la estrella del amor, declina  
como gota de llanto hacia los bordes  
de la copa infinita de los cielos;  
el polvo del camino se levanta  
al paso de los carros que se alejan. . . . .  
entonces pienso en la *Oración por todos*  
y la dulce tristeza de estar lejos  
de los seres queridos que otras tardes  
recitaron conmigo esas estrofas,  
Me invade y me penetra, y la esperanza,  
llena de encanto, de mirarlos pronto

muere de amor y de tristeza y miedo  
en lo hondo, lo íntimo del alma.  
Conforme se oscurece la violeta  
profunda del espacio, gotas de oro  
como dulces luciérnagas se posan.....  
¡Qué largas son las noches de la ausencia!  
Suenan las ocho las campanas; triste  
se vuelve el pensamiento hacia aquel sitio  
do siempre nos hablamos; está solo;  
voy á mi cuarto y á pensar me siento;  
abro mi libro predilecto y busco  
unas violetas que me vienen de Ella;  
su amor, su imagen, su recuerdo, todo  
vela en el panteón de mi memoria,  
solo duermen los sauces del olvido.

ROBERTO BRENES MECÉN.

### ENTRE BOHEMIOS

. . . . Se alzó grave y solemne de un asiento,  
Con la copa en la mano levantada,  
Y dijo así con inspirado acento:  
Soñadores! yo brindo por mi amada.

Por la mujer que las tristezas calma  
Y á cuyo acento,—que el amor inspira,—  
Resplandecen los astros en el alma  
Y vibran las estrofas en la lira. . . .

A la mujer por su belleza adoro!  
Y rindo culto y fanatismo ciego,  
A las triunfales cabelleras de oro  
Al seno henchido y al contorno griego!  
Y me inspiran nostalgias muy extrañas  
Los ojos negros de mirar muy hondo,  
Que llevan una noche en las pestañas  
Y una explosión de auroras en el fondo! . . . .

Envidio los amores de Maria,  
De Romeo la cita romanesca,  
Y si fuera Paolo, moriría.  
¡Ay! con un solo beso de Francesca. . . .

¿En qué gran creación de qué poeta  
No existe una mujer que el estro agita? . . . .

¡Brindemos, soñadores, por Coseta,  
Por Laura, por Beatriz y por Julieta  
Y por la desdichada Margarita!

Mas calla el labio ya. . . . Mi fantasía,  
Como un corcel indómito galopa. . . .  
La mujer es tu musa, oh Poesía!  
Brindo por la mujer. . . . ¡Dadme otra copa!

LIBÓRIO CRESPO.

### El viento de la noche.

¿Oyes? Ya baja á nuestro espacio umbrío,  
De las etéreas salas  
El viento de la noche rudo y frío,  
Rasgando nubes con sus negras alas.

¿Oyes? Como rumor de tristes veces,  
Ecos de llanto, vuelos de suspiros. . . . .  
Como tropel de ayes. . . . como roces  
De incomprensibles y volubles giros. . . .

Es que el viento recoge con empeño  
Escorias de dolor, restos de llanto,  
En la hora del sueño,  
En que por bien de Dios se olvida tanto.

Es que el viento, divino mensajero  
De la morada pia,  
Barre el valle de lágrimas entero;  
Pues si la aurora del risueño día  
Viera tanta miseria. . . . . no saldría.

JOSÉ T. DE CUELLAR.

Cuando se acaba el hechizo  
De la juventud florida  
Y se llega á ver la vida  
Tal y como Dios la hizo,

Hasta el ánimo más fuerte  
De la fé se apaga en pos,  
Y hay que dar gracias á Dios  
Porque hizo también la muerte.

fundar en la satisfacción de los intereses permanentes de cada uno la esperanza de un acuerdo durable que no está exento de poesía?

—Razón y poesía. . . . .!

—Es mi divisa.

—Dice bastante pero no fija estipulaciones.

—Esas se hacen de antemano si se quiere.

—Entonces estipulemos. Para usted las ventajas de que dispongo: y yo ¿cómo sería pagada en compensación?

—Pues por los provechos comunes de este aumento de fuerza: y el orgullo de usted podría señalarse la parte del León.

—Eso es todo?

—No puedo ofrecerle á usted el gobierno de las estrellas.

—Apruebo ese rasgo de modestia, pero las estrellas se la pasarán bien sin nosotros. Supongamos que llegamos á reyes de la tierra. Eso debe ser divertido el primer día, pero el segundo y el centésimo.

—La fantasía renueva los placeres.

—Ay! no soy todavía sino princesa y estoy agotando ya los caprichos.

—Se cambia á los otros cuando no puede uno cambiarse á sí mismo.

—Entonces usted me cambiaría y yo también.

—Olvida usted la poesía.

—Cuánto me divierte que no se haya usted atrevido á decir: el amor.

—Es palabra que viene sola.

—Pero tiene un bello significado.

—Por eso hace la desdicha de los tontos.

—Entre los cuales no se cuenta usted.

—Cada cual trata de escapar á la desgracia.

—Entonces ¿cómo hay tontos que ván tras del amor? Hay horas en que los envidio.

—Por que no los ve usted cuando regresan. Criaturas desahuciadas llorando haber jugado su vida á un golpe de dados. Reproches, gritos de odio, sangre, derramada qué se yó! ¡Y en cambio viven en paz los que relegan el amor al mundo de las fantasías.

—No sé. Se me ha predicado todo lo contrario.

—El padrino. Ese tiene la dicha triste, mientras que la vizcondesa. . . .

—Me la pone usted como ejemplo?

—Es una mujer superior y afirma que la poesía es de una hora y el casamiento de toda la vida, por lo cual conviene ante todo la cuestión de intereses.

—Presiso es confesar que no todos hablan con la franquesa que nosotros.

—Si, se usa sujetarse á las reglas del mundo mintiéndose á sí mismo y á los demás.

—A nuestra edad el amor no es siempre una mentira.

—Pero ya es tiempo de tener juicio. Yo soy capaz de amar como cualquier versificador, pero me daría vergüenza hablar de las flores y de las estrellas á mi prometida.

—Es particular. Todo esto es contrario á las lecciones que he recibido y me arrastra á nuevas impresiones.

Luciana Prebán, discutiendo sobre Budha y Deschars á quien la señora Farini no había podido contener, pusieron fin á estas confidencias de poesía utilitaria. La vizcondesa cusando de negligente á Balvois, hizo que Montperrier dispusiera las suntuosidades del Veronés en torno del dulce anarquista de Judea convertido por el curso de los tiempos en rey de los mismos que lo crucificaron.

Levidi debía representar al Galileo y la Sra. Farini le explicaba como debía ser un Cristo al gusto de París. Puymaufay no pudo menos de sonreír.

—¡Pobre crucificado! pensaba: no se conforman convirtiéndolo en instrumento de opresión y pretexto de puerilidades, sino que lo profanan de este modo! ¿No penetraran estos contra sentidos á iluminar el ánimo de Claudia? La veo ir al mal y no puedo evitarlo. ¿Qué la decía ese Montperrier? La mirada de Claudia no prometía nada bueno. Se me escapa, siento que se me escapa. Si Deschars la amara menos, lucharía mejor, pero sin la convicción de la victoria está loco, lo mismo que yo!

En efecto, con la grandeza de sus sentimientos ambos eran débiles ante la coalición de los que los combatían deformando el amor y oponiéndoles la fisonomía de los intereses y el poder del cálculo.

Naneta escribía:

«¿Por qué ya no se me dan noticias? Veo que

me será necesario ir á París, aunque si no me llaman ustedes es que no me creen apta para ayudarles. Son muchos contra usted, señor Enrique y puede ser que no esté de más allí la presencia de Naneta.»

Fuera de la imperiosa invasión del amor que las conveniencias mundanas toleran difícilmente, los razonamientos de Deschars y de Puymaufay, en contradicción con todas las realidades visibles, eran impotentes para arrancar á la joven de las exigencias de los intereses de clase que formaban como el marco en que se encerraba el cuadro de su vida. A veces en sus arrebatos íntimos Claudia se preguntaba si no sería lo mejor tomarse del brazo de un Montperrier cualquiera para que fuese su representante oficial en el mundo, y asegurarse así la conquista de todos esos vuelos de fantasía y esas impunidades de que hacía gala la vizcondesa. «Soy bella» pensaba mariposeando frente á su espejo, y haciendo un examen de las cualidades que debía lucir ante los ojos del observador.

Y después de emplear á su gusto los lápices y pinceles del tocador ¡qué mágica, pensaba, qué mágica hay en una gota de agua irisada por un rayo de luz! ¿Qué es esto que se cree ver, que atrae irresistiblemente los corazones, se apodera de ellos, los embriaga con promesas, los enloquece de esperanza y los entrega á inefables alegrías ó á penas desgarradoras? Es un misterio. Lo aclararé? Más tarde. . . . tal vez demasiado tarde, pero, ¿qué importa? Feliz ó desgraciada poseo el talismán que sujeta á los hombres y alegría inmensa! puedo usar y abusar de él á mi capricho.

Peró para quién? Montperrier es un calculista; Deschars tiene esa generosa locura cuyo fin se muestra por todas partes á nuestra vista. Lo que éste quiere es la abdicación de mi personalidad en abstracciones monótonas de ventura interna, en tanto que Montperrier me abre la infinita senda de los placeres. Se aproxima el momento de decidir.

Claudia acabó la inspección general de su revista con la observación meticulosa de sus manos que perfeccionaba diariamente con cuidados de artista. Todo lo recorrió, todo menos el alma que debía realzar esos méritos y embellecerlos con divino fulgor.

Dónde hallar el espejo en que se refleje la conciencia, sino en los ojos entristecidos de aquel padrino contra quien tenía que ponerse á la defensiva?

Junto con el recuerdo de Puymaufay la perseguía el de Deschars con dulces memorias y aún vagas esperanzas. Tenía afectos por este amigo de la infancia y estimaba la altiva modestia de este hombre de concentrada valía que había afrontado peligros sin hacer ostentación de ellos jamás, haciendo vivo contraste con Montperrier siempre pronto para hacerse valer.

En medio de sus discusiones con la señora Farini, Mauricio había observado bien que Claudia y Montperrier en el último ensayo no estuvieron hablando siempre de las bodas de Canaan.

Mil indicios le habían revelado que hablaban de cosas graves: la cara sería de Claudia, la intensidad de la mirada del orador, sus silencios, sus palabras sin mímica, y la expresión de solemnidad que se tiene al borde de lo irreparable.

Deschars amaba, amaba profundamente y vivía lleno de ansiedades, hundido en delicioso dolor, esperando y desesperando á la vez, esperando que aclarara el horizonte en lugar de lanzarse hácia el foco de luz.

Un gran destello de triunfo creyó leer en los ojos de Montperrier que le sobresaltó decidiéndole á obrar.

Algunos días después encontró á Claudia en el jardín; el momento le pareció propicio, y tan pronto como ella le vió venir comprendió que había llegado la hora de las explicaciones.

—Y bien, señorita, comenzó Deschars, las bodas de Canaan son de su agrado?

—Oh, nó, replico Claudia decidida á precipitar los acontecimientos; será necesario que la señora Fourchamps tome la dirección del asunto porque Montperrier que se ha encargado de todo, habla mucho y no hace nada.

—Los veía yo á ustedes tan entusiasmados en el último ensayo. . . .

—Me hablaba de su fuego amoroso. . . . no hay que temer que llegue á incendio!

—¿Qué es entonces?

—Una hoguera mansa artísticamente renovada, que no arde mucho pero que puede durar bajo sus cenizas más tiempo que las grandes llamaradas.

—Eso depende de lo que arda. Ya es sabido lo que Montperrier quiere de usted.

—Mi dinero? No lo he dudado, y aún me hace el honor de no permitirme ilusiones sobre el particular lo cual es una franquesa que le agradezco.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Por qué se busca á una mujer? porque conviene. Pues bien, yo soy yo con mi belleza física y moral y la belleza social de mi fortuna que forma parte de la personalidad como los rasgos de la fisonomía ó los detalles del carácter. Todavía estos cambian con la edad, en tanto que el dinero permanece y hasta aumentará según todas las probabilidades. Es preciso aceptarme como soy y no puedo enojarme de que se me ame por mis ojos ó por mis millones.

—Es espantoso oír á usted hablándome así, y siento que se me destroza algo en lo íntimo; porque aunque nunca lo haya yo dicho usted sabe bien que la amo con toda mi vida, por usted y no por el capital de su padre.

—Sí, lo sé, y si he puesto los medios de que me lo dijera usted es porque creo llegada la ocasión de que tratemos de ver claro en nuestras conciencias.—Usted me ama por mí? Eso significa que si mañana se arruinara mi padre, usted me permanecería fiel y Montperrier se orientaría por otro lado; pero en revancha, si se me cayera la nariz ó me dieran viruelas, Montperrier ganaría el premio de constancia, mientras que usted después de nobles esfuerzos para conformarse con las bellezas del alma, tendría que confesarse vencido.

—Cómo puede usted bromear sobre esas cosas?

—No bromeo: acomodo á mi vez, la influencia de la nariz de Cleopatra sobre los destinos del mundo. Atrévase usted á decir que me amaría fea.

—Yo la amo á usted.

—Ya ve usted: no puede engañarme.

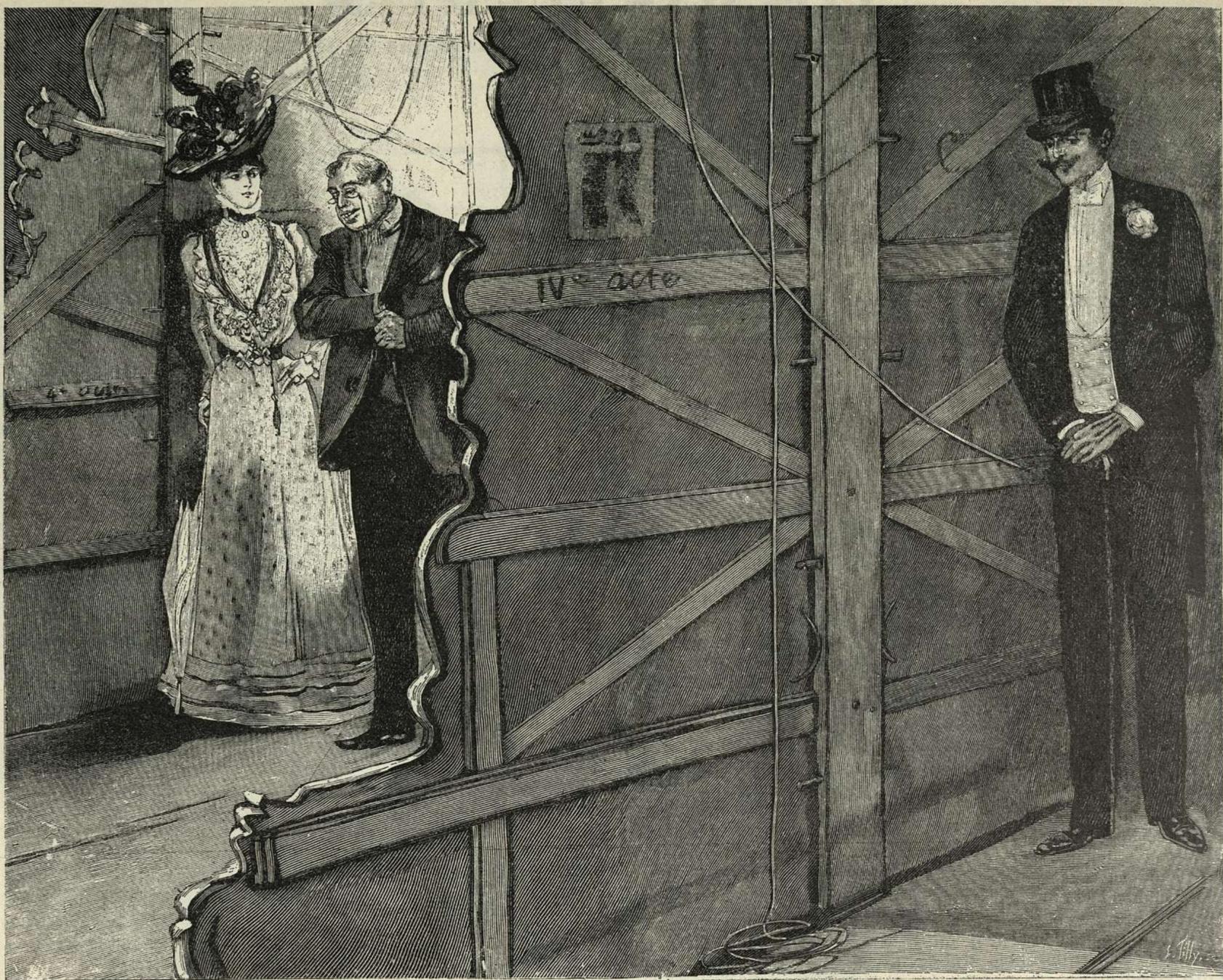
—Yo amo á usted, y Montperrier no.

—Ama usted otra cosa en mí: si pudiera yo hacerme comprender.

—No comprendo sino que ha ido usted conmigo, en mi alma hasta el fin del mundo y que ahora que estoy junto á usted no la veo, y por desgracia mía, ni aun me consuelo con el recuerdo de lo que fué.

(Continuará.)





manías tuyas. Qué hará cuando yo me case y no tenga á quien sermonear?

Lucques había sido "de los buenos tiempos" de Puymaufroy y su encuentro con él daba siempre motivo para nuevos *¿te acuerdas?* que el infortunado marqués sufría con el heroico endurecimiento de la víctima que no aguarda auxilio alguno. Claudia se divertía hallando esto como una revancha bufa de las predicaciones dramáticas y Puymaufroy resentía cruelmente la ofensa de esta alegría.

—Sabes quién me visitó esta mañana? Moisés Bernardo que aún vive y practica la usura por pasa tiempo. Te acuerdas? Era prestamista y proveedor de joyas de las mujeres del teatro del Gimnasio donde tu estabas loco por la bella Valentina. Moisés le administraba su capital y tú de ese dinero le tomabas para regalar á Valentina, de donde resultaba que te prestabas á tí mismo con un crecido interés. Cuando descubriste la triple combinación financiera de que eras víctima, te dará mucho el dolor, ¿te acuerdas? Puymaufroy se encogía de hombros riendo de mala gana, la vizcondesa y Claudia gozaban á maravilla y Lucques que era implacable seguía:

—Pero la aventura más graciosa de aquellos tiempos fué la del Centenario.

Oigan ustedes; Seguí yo con gran recogimiento el cortejo de mi tía la señora de Saublières, cuando noté que Puymaufroy apenas terminada la ceremonia se escapó discretamente entre las tumbas. Cuando se despidieron todos yo me lancé á buscar á mi amigo y lo encontré con una escoba en la mano barriendo concienzudamente la tumba de Juan Desral brigadier que fué de gendarmaría. Iba á reirme de la facha del barrendero, cuando observé cerca de él á la hermosísima hija del brigadier y luego averigüé que se daban cita allí todos los sábados y cumplido el piadoso deber se iban juntos quién sabe á donde. Lo que sí sé es que por la noche en el Club, obsequiamos al Marqués con una escoba de honor.

Puymaufroy ponía al cielo por testigo de que

todo era una calumnia. afectaba reír con el círculo que había venido á oír el relato, pero procuraba no encontrarse con los ojos de Claudia que compadecida al fin separaba de allí á Lucques con cualquier pretexto.

—Vamos, dijo la señora Fourchamps á Lucques que iba con Claudia, ¿Por qué atormenta usted así á Puymaufroy delante de su abijada?

—Porque la señorita Harlé no es provinciana que yo sepa, y ya es tiempo de que vaya conociendo este su París de que un día será la reina.

—Entonces ¿eso que usted cuenta, es París? preguntó la joven maliciosamente.

—París somos nosotros.

—Es cierto replicó Claudia, pero pienso que hay algo más.

—Poca cosa, añadió el príncipe con acento desdenoso: escritores, artistas, empleados, obreros, ¡que sé yo! todos artesanos de nuestros placeres y que no tienen más valor que por el éxito que les damos. La sociedad florece en nosotros; y lo que se llama neciamente nuestras corrupciones, no es sino el indispensable esparcimiento de toda floración. Nuestra función es gozar y nuestras artes hacer útiles los goces.

—Es usted un cínico, príncipe, dijo la vizcondesa.

—Y usted una hipócrita encantadora. Pero transijamos para ocuparnos de Salomón y de la reina de Saba. Vea usted, señora Farini como comprendo el encuentro. Yo estoy de pie sobre las gradas del trono con los brazos extendidos, en éxtasis, y usted, vizcondesa, un poco deslumbrada pero atenta, levanta hácia mí una mirada púdica, expresando en la actitud la inconsciente derrota de un corazón indómito.

—¿Y como se expresan tantas cosas con la actitud?

—Verdaderamente, exclamó la señora Farini, el príncipe no tiene necesidad de mí, pero si me lo permite usted señora, haré unas indicaciones: una media sonrisa, los ojos no muy abiertos y con violentos parpadeos, la mano izquierda sobre el

corazón como para contenerlo. La mano derecha... esa es más difícil: el brazo como que avanza y la mano como que repulsa... cediendo. Así, bravo!

La señora vizcondesa tiene aptitudes admirables, pero haría bien en ensayar frente á su espejo.

En tanto que la señora Fourchamps se dedicaba á ensayar la inconsciente derrota de un corazón indómito, Claudia repartía los papeles para las bodas de Canaan.

—Señor Balbois, preguntó Claudia, cuantos personajes femeninos necesita usted?

—Consulte usted sus conveniencias, pues tenemos bastantes princesas en el cuadro y hasta se pueden aumentar.

—No cree usted que sería bueno aprovechar á la señorita Chauvinet?

—Sí, pues lo desea la vizcondesa y es además encantadora.

—Ya lo creo, el otro día fué á casa y estaba tan linda, pero tan linda, que todos vinieron á preguntarme cuánto tenía de dote.

—Ya oye usted, eso preguntó Montperrier á Claudia.

—Sí, está bien, verdad?

—La señorita Prebán, tiene siempre el dinero en la cabeza.

—Le parece á usted mal?

—No, si asegurándose la vida se busca un desarrollo para las ambiciones de dos.

—¿Suele suceder que la ambición de un hombre y una mujer sea la misma?

—Suele. El ambicioso soñará con un aumento de poder, la mujer con un aumento de homenajes y los dos se unirán para la realización del sueño común. Supongamos una joven muy bella y muy rica como usted.

—Supongámosla.

—Por otra parte un hombre de talento y gran porvenir.

—Como usted...?

—Como yo. ¿Qué hay de más razonable que

## PAGINAS DE LA MODA



Traje de Baile.

## LA MUJER EN EL HOGAR

Está demostrado que el hogar es para el hombre la verdadera escuela donde los buenos ó malos hábitos allí adquiridos cuando niño, forman el carácter del hombre. Y aunque el desarrollo de su inteligencia se efectúa en la escuela, su alma es formada en el hogar; según las impresiones que reciba así serán sus senti-

mientos. Luego los maestros del hogar son los padres, y de ellos dependen sus hijos; si son buenos y saben dirigirlos, ellos honrarán su memoria imitando el laudable ejemplo que han recibido.

La madre es la que más influencia ejerce en el hogar, porque ella es quien vive más tiempo con sus hijos: el padre necesita procurarse medio para darles de comer, vestirlos y educarlos; y á ella corresponde principalmente el inculcarles buenas ideas y apartar-

los del mal camino; es decir, labrarles las bases de un feliz porvenir.

Es más natural que los niños posean las mismas virtudes de la madre y aunque adolezcan de sus mismos defectos, debido al incesante trato con ella. Dos tipos de madres se pueden citar: aquellas que considerando el hogar como una cosa secundaria, ambicionan el brillo de la grandeza, la fortuna y el placer, y que fuera de ese círculo viven hastiadas, círculo de

## SONETOS.

I

PRIMAVERA.

Ya del invierno la terrible saña  
Cesó, y envuelta en la sutil neblina,  
Lenta desciende de la azul montaña  
La primavera á la húmeda colina.

Libre el arroyo se desliza y baña  
Nardos y rosas, el zenzont e trina,  
Y alegre vuelve de región extraña,  
Heraldo de placer, la golondrina.

Del azahar que en el jardín descuella,  
Céfiro esparce el virginal aroma  
Y el alba surge como nunca bella;  
Y cuando el sol onnividente asoma,  
Tiembla de amor la matutina estrella  
Y amor demanda la torcaz paloma.

II

EN EL CEMENTERIO.

Arde el volcán y en púrpura descuella  
Mientras al reino de Plutón se lanza  
El astro-rey, y surge en lontananza  
Lirio de luz, la vespertina estrella.

Envuelta en sombras, misteriosa y bella,  
La dulce noche sobre el campo avanza,  
Y, sonriendo en plácida bonanza,  
La blanca luna en el zafir destella.

Doblan su cáliz las silvestres flores  
Que ornán la tumba esbelta y blanquecina  
Do reposa el mortal, ya sin temores.

Mudo el saúz su cabellera inclina,  
Y el ruiseñor, que llora sus amores,  
Tiende su vuelo hacia la cruz y trina!

E. FERNANDEZ GRANADOS.

## LEJOS

Ya la noche desciende; el agua busca  
Albergue tibio en las enhiestas palmas,  
El día es sombra que la mente ofusca,  
Y la noche, la aurora de las almas.

Cuán bella ¡oh noche, estás!...

Desgarra el velo

Que á mis ojos te encubre, ángel proscrito!  
De dos almas la unión festeja el cielo;  
Nuestras nupcias celebra el Infinito.

Vén á mi lado, vén! La luna asoma  
Y nos bendice Dios. Sigue mis huellas.  
Las flores todas nos darán su aroma,  
Y sus fulgores todas las estrellas.

"Recordar es vivir." Oh Pensamiento!  
Rompe tus ligaduras, bate el ala,  
Despiértate á la voz del sentimiento;  
Sea la escala de Jacob tu escala.

Recordar es vivir. Como soltas  
Habla á mi alma, sin tu amor desierta....  
Haz que revivan los pasados días,  
Haz que reviva la esperanza muerta!

Solo!... Lejos de tí... Martirio horrible!  
Hoy al perder tu amor todo lo pierdo.  
¡Quién hiciera posible lo imposible,  
Y quién eterno hiciera mi recuerdo!

Ya estás aquí! Mi corazón te siente;  
Ya oigo el ruido que forman tus pisadas...  
Parece envuelta tu marmórea frente  
En la luz de las tibias alboradas.

De la vida en la senda borrascosa  
Tu planta siempre seguirá mi huella,  
Somos perfumes de una misma rosa  
Somos fulgores de una misma estrella.

No huyas, visión! En tu sonrisa veo  
Tu ardiente amor... la súplica... el reproche  
En tus pupilas, que encendió el deseo,  
Parpadea la luz, duerme la noche.

No huyas, visión! En dulces embelesos,  
Unido á tí por invisibles lazos,  
Quiero en mi boca el fuego de tus besos  
Y en mi pecho el calor de tus abrazos.

Canta! El dolor al corazón avanza  
Y quiero oír tus notas virginales,  
Tristes, como el amor sin esperanza,  
Bellas, como las noches tropicales.

Canta!... tu voz á mis oídos llega  
Remedando en cadencia arrulladora,  
Las vibraciones de la lira griega  
Y el dulce ritmo de la guzla mora.

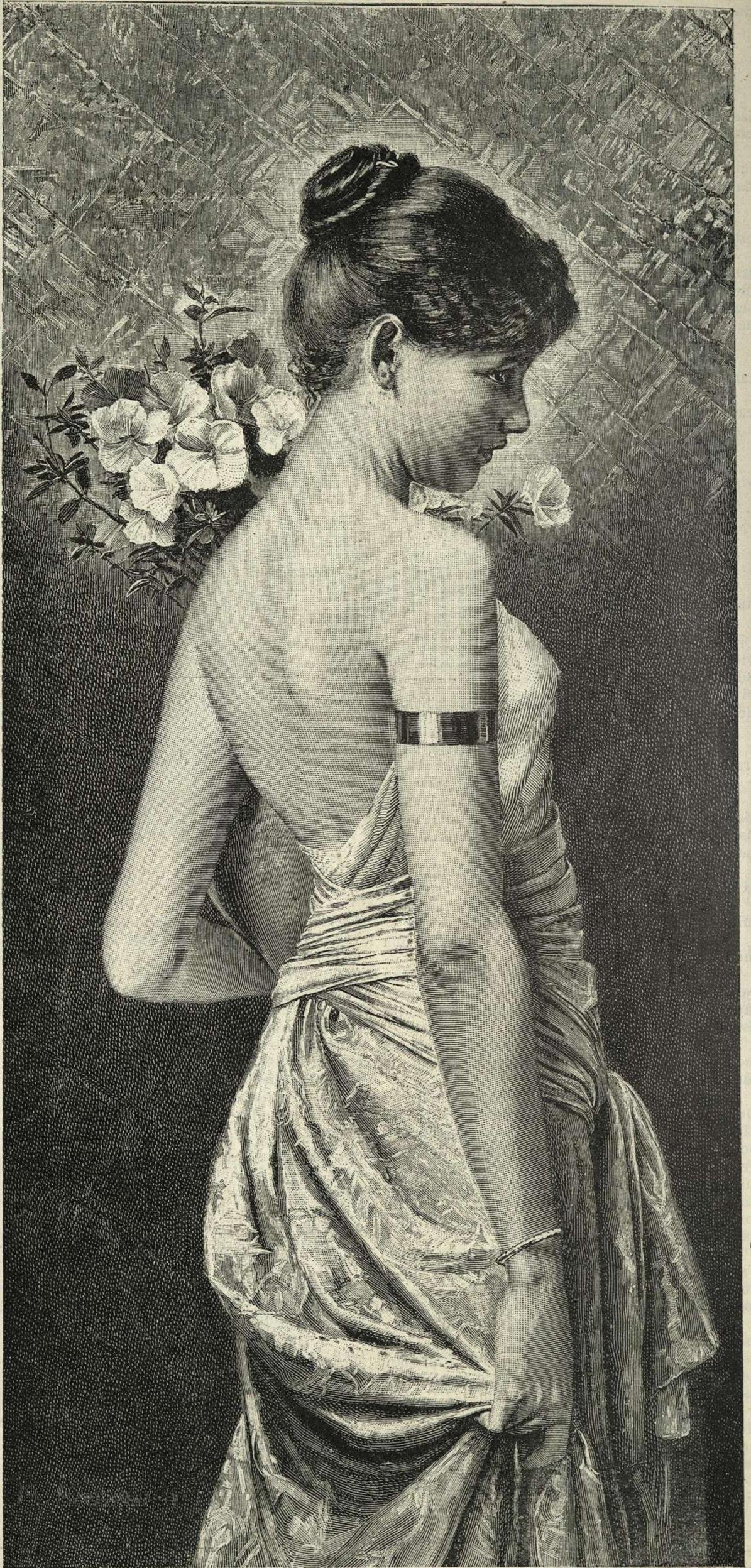
Tú eres fuerza laud y Poesía,  
Inspiración de mi cerebro enfermo;  
Mí débil fe sostienes en el día,  
Y me hablas de esperanza cuando duermo.

Tú siempre para mí serás consuelo  
Y de mi frente apartarás las sombras.  
Haces brotar estrellas en mi cielo  
Como de flores mi camino alfombras.

Huiste ya, del corazón mentira!  
De tu paso ante mí no quedan rastros.  
Huyes, en tanto que la tarde espira,  
Mientras la noche se corona de astros.

En la selva plegó la flor su broche;  
La luna irradia en la extensión vacía.  
Es hora de soñar!..... Cayó la noche,  
Aurora de tu alma y de la mía!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



FLORA

Agaché la frente y cojiéndome-la entre las manos, dije:  
¡Ay! ¿Por qué no te fuiste tú, antes que ella?...

RAMON A. SALAZAR.

**NUESTROS GRABADOS.**

**TRAJE DE BAILE.**

Entre las novedades que han llamado verdaderamente la atención en la capital del mundo, se cuenta el modelo que ofrecemos á nuestras lectoras. Es todo de satín blanco, de cauda amplísima, de cuerpo ajustado, con dos grandes guías á derecha é izquierda hácia el frente y una tira de felpa finísima en el centro, con reminiscencias de la misma el hombro derecho. Una série de lazos de seda blanca que en la falda se prenden á la banda de felpa en número de seis y en el cuerpo adornan el escote, completan el elegante atavío. El peinado es en bandos y pertenece al nuevo estilo Lenthéric.

**TOQUETA HADING.**

Toda chifoneada con gran penacho de pluma y gran broche de terciopelo ornado á su vez con brocnechito de *stras*.

**TRAJE DE TERTULIA.**

Todo de grueso satín crema, con centro lleno de satín blanco bordado de oro, que aparece así mismo en el cuerpo, muy bajo, con vueltas del mismo satín, orlado de guías de oro. Cinturón de terciopelo negro. Lazo de blonda oscura de Bruselas en el cuello. Mangas cortas de blondas. Amplia cauda.

**TRAJE PARA COMIDA.**

Muy severo, cuerpo bajo y mangas cortas de dibujo sobrio mas no por esto de menos efecto.

Falda acordonada de satín, con delantal figurado. Cuerpo lleno, con amplio cinturón trabajado en dos líneas. Al rededor de los hombros chifoneado. Las mangas con pequeños puffs muy graciosos. Aplicación de blonda á la izquierda del cuerpo.

**TRAJE DE PRIMAVERA.**

De terciopelo delgado negro. Falda lisa. Cuerpo ajustado con aplicación de satín oscuro en el frente y en las aldetas. Ligerísimo bullón en las mangas. Chaleco figurado sobre peto de tul con bandas transversales de encaje. Cuello bordado rematado por lazo de tul blanco. Manga muy ajustada.

**TRAJE DE SOIRÉE.**

Falda llena de popelina ó glacé de seda. Cuerpo muy elaborado, sobre tafetán de seda finísima. Aplicaciones de Marta. Manga angosta en harmonía con el cuerpo. Gran lazo que cierra la blusa en forma muy original. La falda es completamente lisa y de gran vuelo.

**GRUPO DE SOMBREROS.**

Ofrecemos cuatro de los que están más en boga: dos fieltros y dos toquetas de última moda, propios para sport y teatro.

Las toquetas están elegantemente chifoneadas.

**GRUPO DE OBJETOS Y LABORES PARA DAMAS.**

Ofrecemos á nuestras lectoras una hermosa colección de elegantes minuciosidades para adorno del hogar, todas muy en boga en la actualidad y del mejor gusto.

Algunas tales como los acericos, pantallas de lámpara, tapetes, pañuelos, cojines, etc., pueden fácilmente fabricarse en casa á poco costo; otros de los objetos representados, servirán de modelo para ayudar al buen gusto de nuestras lectoras.

**MESA PARA GUARDAR COSTURA.**

He aquí un modelo que no debe faltar en el cuarto de costura de las señoras. Toda ella es construida de madera y tiene una altura de setenta y seis centímetros.

La parte superior está formada de dos puercecitas que estando cerradas tienen treinta y nueve centímetros de largo y abiertas setenta y ocho centímetros.

En el centro de la mesa existe una bolsa que sirve para guardar los hilos, tijeras, y demás accesorios.

Esta bolsa es hecha de seda y la parte inferior vá cerrada con listón. La parte superior está cavada á la mesa.

Las puertas ya indicadas si se desea pueden pintarse de la manera que más agrade.

**MAPA PARA GUARDAR VISTAS**

Este elegante mapa está hecho de cartón y cubierto con seda moiré verde claro, llevando como adornos, bordados de seda.



TRAJE DE TERTULIA

mis tristezas, tampoco creo que habria sabido contestarle, como cuando jóven me sorprendió llorando. En fin..... ¡no sé cómo decirlo! ¡ay de mí! Se murió. Ya ha pasado mucho tiempo de ese suceso. Hoy amanecí triste, y naturalmente, como todos los días, me acordé de ella.

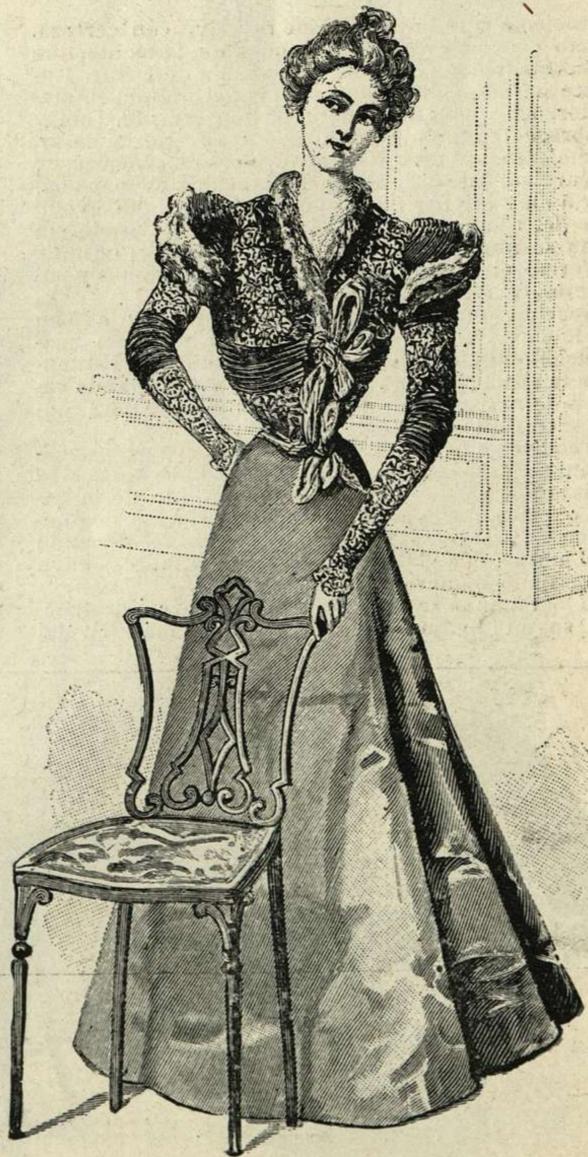


TRAJE DE PRIMAVERA

Este mapa tiene un ancho de veintinueve centímetros por cuarenta y tres de largo y están unidas las dos partes por un cinto de goma de siete centímetros de ancho, una con la otra. La seda que se emplea para adornar este mapa, puede ser de diferentes colores.



TRAJE PARA COMIDA



TRAJE PARA SOIRÉE



ESPALDA DEL TRAJE DE BAILE

vanidad y orgullo. Y hay otras madres de infinita bondad que cifran su dicha en la dicha del hogar, y su ambición no es otra que el amor del hijo y del esposo; aquellos en cuyo hogar la felicidad ha establecido su dominio Esas mujeres no desmayan ante la doble misión que les ha sido encomendada, y luchando contra la adversidad, casi siempre salen victoriosas.

El ejemplo es el mejor educador del niño, porque desde pequeño, como no puede distinguir el bien del

mal, imita todo lo que vé; por lo tanto, si el modelo es bueno, el niño también lo será; pero si así no sucede, no puede esperarse que resulte un hombre de bien.

No basta plantar el árbol, es preciso cuidar que no crezca torcido, pero si esto sucede al principio; después es imposible enderezarlo, y esto mismo acontece con el niño; así es que la madre debe afanarse por su bien, y procurando educarlo desde pequeño, le quitará las leves faltas que después se convierten en hábitos funestos, y le proporcionará un incalculable tesoro. el "buen carácter," y en pos de él la felicidad.

Desde la más tierna edad debe la madre empezar á educar al niño, haciéndole conocer la belleza de la caridad y el amor al prójimo; despertar en su corazón sentimientos de amor y de bondad; haciendo que sea generoso y sepa conquistarse un buen nombre, usando para ello como medios la honradez y el trabajo.

La maternidad es el amor más grande y puro que existe, pero debe ser bien entendido; madres hay, que á causa de llevarlo al exeso, toleran débiles faltas en sus hijos, sin mirar que mas tarde las culparán de ser ellas mismas la causa de su desgracia.

## LA ABUELA

Me dolía la espina dorsal, como á hombre viejo que va en el descenso de la vida. Caminaba pensativo y triste, recordando cosas que fueron, ¡ay! que fueron para mí muy gratas.

Primero vino á mi memoria la época de mi infancia. Y me acordé de una viejecilla que me amaba tiernamente, y que es el ser más querido que se me ha ido de la tierra.

Sí, me decía, ella te amaba. Te enseñó cosas tan tiernas, en lenguaje tan ingénuo, que si tu alma tiene algo de bueno, á ella se lo debes. Son los besos de aquella anciana los más castos y tibios que jamás sentí en mi frente. Fue ella la que me regaló el primer muñeco, y ella la que me hizo conocer esta cosa luminosa que en el alfabeto, se llama A.

Se me figura que debe de haber tenido una voz parlara, porque en mis oídos sonaban sus palabras con voces de armonías celestes.

Tenia 60 años, y yo 4, y eramos amigos inseparables. Juntos trabajamos en el jardinito de nuestro hogar, cuidando las rosas, los lirios y las violetas; que ella amaba un poquitito menos que á mí y cuyo amor heredé y cultivo aún, en recuerdo de ella.

En las mañanas salíamos al campo, como buenos camaradas, y como yo era un chicuelo me le adelantaba lleno de gozo, como globito inflado por el aire reparador. Estoy seguro de que la anciana debe haber reído de gozo en verme alegre, saludando al sol naciendo con sonrisas estruendosas.

Nada se hable de las consejas contadas en la noche, acostado yo en su cama, ella sentada en una silla, cerca de mí.

—¡Cuántas cosas supe yo por ella! Aún tengo la cabeza llena de los apólogos y de las historietas que me refirió.

Uno sobre todo me llamaba la atención.

El del hijo de un carpintero nacido en Galilea, hacia ya mucho tiempo, que había sido bueno, pero muy bueno; que siendo niño dejó asombrados á los Doctores de la Ley, que amó mucho á los hombres, y que estuvo en una montaña en donde dijo un discurso admirable.

Ella me lo recitaba, y yo no lo entendía, por ser tan niño; pero si me gustaba por oírlo en labios de mi viejecita.

Siendo hombre lo he vuelto á leer, y me he convencido que tenía mucha, mucha razón—¡vaya si la tenía!

Después me contaba que aquel joven que jamás hizo mal á nadie, murió ajusticiado, en una cruz.

Cuando entré en años leí á Mateo, á Lucas y á sus demás compañeros. Muy bellos son sus libros, pero ¡ay! me gustaban más las narraciones de mi amiga la viejecilla.

Fui creciendo. Ella se sumía en la tierra por la ancianidad; yo levantaba la cabeza hácia lo alto, empujado por la juventud.

Una vez me encontré llorando en mi cuarto.

—Hijo, ¿qué tienes? y con su cabellera canosa secó mis lágrimas. La abracé y recosté mi frente sobre su hombro, con lo que me senti calmado.

Debe de haber comprendido el motivo de mi aflicción; pero como me vió calmado, no insistió.

Yo no me había atrevido nunca á confesarle que amaba, por temor de despertar sus celos. Hoy que recuerdo aquello, me digo ¡quizá ella había sido tu mejor confidente!

Después reflexiono y protesto diciendo; te equivocas porque habría querido para tí una reina.

Y por fin concluyo: ¡Tenía mucha corazón para caer en esa ridiculez!

Te habría aconsejado que buscaras para tu compañera á una mujer modesta y buena, que te amase y te comprendiese. Y tanto es así que fué un día muy feliz para ella cuando conoció á la compañera de mi vida.

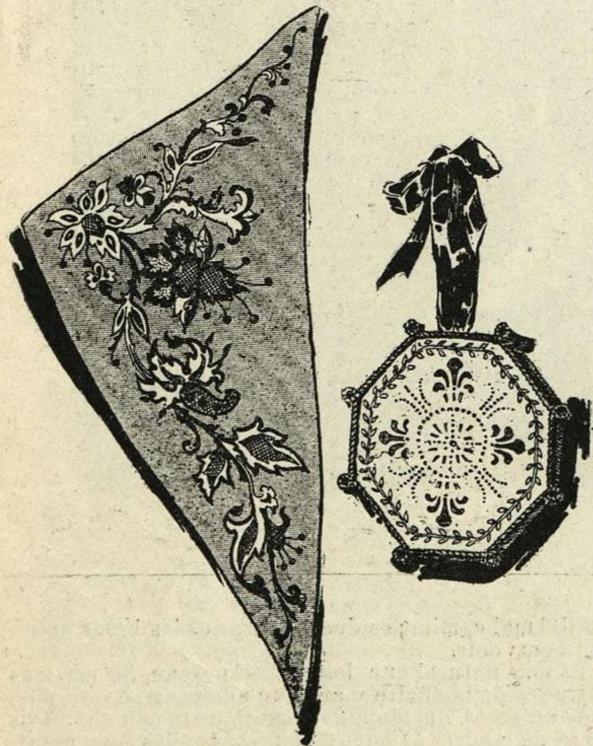
Pasó todavía algún tiempo. Mi hado, benigno ó contrario, me llevó á puestos distinguidos políticos. Fui revolucionario. La oleada liberal barrió de mi mente las ideas de niño, y pensé como pienso hoy y pensaré toda la vida que me falta.

A la buena señora no le gusta mucho el oropel, ni los honores, pues fué ella quien con su ojo de abuela descubrió mi primera cana, que me arrancó piadosamente.

Yo estaba por entonces raras veces sonriente, y las más veces, serio y meditabundo.

Hasta creo que hubo un día que pasé á su lado sin darle el ósculo acostumbrado, lo que he sabido después que le causó lágrimas.

Si entonces me hubiera preguntado el motivo de

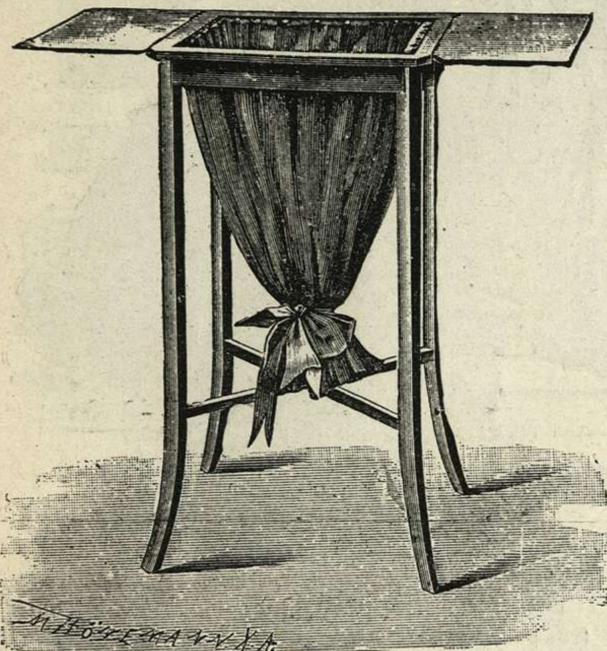


OBJETOS Y LABORES PARA DAMAS.—



TOQUETA HADING

GRUPO DE SOMBREROS



MESA PARA GUARDAR COSTURA

EL PORVENIR

Problema que solo el tiempo resuelve con certeza. Objeto de los devaneos constantes de la mente, que en sus atrevidos vuelos se aproxima a descifrar. Luciente hermoso alhagador; para el feliz; obscuro, aterrador, sin esperanza, para el desgraciado. Luz y sombra; certeza é incertidumbre; amor, gloria; pesar, sufrimiento, todo guarda entre luces de esperanza y obscuridades de decepción, ese mucho que no es nada y á ninguno nos falta, que en la continua evolución del tiempo llega á ser presente y pasado, sin agotarse nunca, porque avanza, avanza al infinito, conforme el mundo con sus pueblos, naciones y habitantes, corren tras él.

Creación de la esperanza, sostenida por la fé en una felicidad que se quiere encontrar y que la imaginación engalana con sus tintes peculiares. Estimulo en la jornada de la vida que nos alienta cuando vamos á desmayar y nos guía cual faro lejano para continuar tras nuestro ideal.

El hombre que mucho piensa en el porvenir, promete mucho; pero nada vale el porvenir individual, si se piensa en el porvenir social, en el porvenir de la patria, que aunque es consecuencia del primero, no puede constituirlo por sí sólo. El del individuo, depende de él mismo; el de la patria, de sus habitantes, cuya voluntad no siempre es posible unificar.

En lontananza se le prepara la grandeza ó destrucción, según la vida moral, intelectual y material del

pueblo y según también la mano que guía sus destinos. Guárdale velados por el tiempo, templos de elevadas cúpulas, palacios y monumentos grandiosos, pregoneros de su fama. La luz, la paz, el adelanto ó las tristes ruinas de su naciente prosperidad, que la maleza compasiva habrá cubierto, quizá para minorar el baldón de los antepasados. ¡Por el suelo, la tribuna, el derecho y los techos de elevados edificios que en otros tiempos desafiaron al rayo, sirviendo de vivienda á inmundos reptiles antes que ser habitados por hombres sin dignidad!..... ¡La ignorancia arrellenada en su trono

Para el niño ¿qué es el porvenir? Una antitesis que lucha entre los dominios extensos de sí mismo y los restringidos límites de su mente infantil, que abandonada en brazos de ese olvido encantador de los primeros años, concentra sus ideas á sa tar de piedra en piedra. á jugar con el agua cristalina de una fuente ó á deshojar la corola de una rosa.

La educación decide entonces. Preparándolo para la vida futura; le abre nuevos horizontes y le pone en aptitud de ser feliz; pero por desgracia, cuántas veces su benéfica influencia no se deja sentir, porque los ejemplos corruptores de los seres que lo rodean, son más elocuentes como sucede en las clases más bajas de nuestra sociedad; que mientras el maestro encomia las virtudes y pone de manifiesto las facies detestables del vicio, el niño llega á su hogar á ver cometer actos reprensibles y á oír la máxima corruptora de "no te dejes," lo que más tarde arma el brazo del hijo contra el padre fomentando la venganza y el crimen más horrible y preparando un porvenir de sangre y completa desmoralización, para concluir por último en un cadalso.

En la juventud, el porvenir se ve á través del prisma del entusiasmo, que según la luz, se colora más ó menos. Hoy le parece risueño, encantador, porque lleva en su mente, bellas ilusiones, que la imaginación reviste de galas atrayentes y colora la esperanza, ocultando la realidad entre gasas esmaltadas. Mañana, el mundo cruel, rasga esas gasas, aparece la realidad, se aleja la esperanza, y sola la imaginación queda marcando con negros caracteres cada pesar, cada decepción; pero todo pasa y el olvido, cual bálsamo bienhechor, viene compasivo á sepultar los recuerdos, para que puedan brotar nuevas y hermosas ilusiones. Esa alternativa sigue, pero al fin el alma se resiente al comprender la táctica del mundo y principia á esperar solo de sí, la felicidad. Compra la experiencia á costa de sus más caras ilusiones que al desvanecerse deja herido el corazón y el alma triste.

En la vejez el problema está resuelto, no hay nada que esperar en este mundo, ya la misión está cumplida. Los recuerdos constituyen la felicidad ó desgracia, porque si ha empleado su existencia pasada en provecho de la sociedad, sin que cuente una sola acción que repruebe su conciencia y las lágrimas que haya vertido, han lavado sus faltas en vez de convertir las en cieno, debe creerse feliz; pero si ha malgastado el tiempo ¡cuánto sufrirá! Los remordimientos martirizarán sus últimos días en justo castigo de su disipación pasada.

Los goces tranquilos del hogar, los afectos sólidos que los merecimientos inspiran, y la fé en una esperanza lejana, pero segura, les estarán vedados, no quedándoles más, que apurar hasta las heces el cáliz de la desesperación.

¡El porvenir! El porvenir, resultado de la conducta del niño, para con el joven, del joven para con el anciano y de todos para con la patria.

De dulce remembranza para el bueno, de... triste recordación para el malvado!

MATILDE ARIZA POITEVIN.

Otro pago de \$3,000 oo. de "La Mutua" en Mexico.

Recibí de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de (\$3,000.00) Tres mil pesos, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 449,831 bajo la cual estuvo asegurado mi finado esposo el Sr. D. F. Melesio Alcántara y para la debida constancia en mi carácter de Albacea legalmente nombrada extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la compañía para su cancelación en México á 18 de Febrero de 1998.—Angela O. Vda. de Alcántara.

Rafael Pérez Gallardo, Notario Público. Certifico: que la Sra. Angela O. Vda. de Alcántara albacea del finado Sr. D. F. Melesio Alcántara que estuvo asegurado en "The Mutual Life Insurance Company of New York" bajo la póliza número cuatrocientos cuarenta y nueve mil ochocientos treinta y uno; suscribió en mi presencia el recibo que antecede recibiendo á su entera satisfacción la suma que expresa. Y para constancia extiendo la presente certificación en México, á diez y ocho de Febrero de mil ochocientos noventa y ocho.

Lic. Manuel Pérez Gallardo.



MAPA PARA GUARDAR VISTAS

GRUPO DE OBJETOS Y LABORES PARA DAMAS

